

CORRESPONDENCIA

MARRUECOS

Una visita á Tánger

De una carta fechada en Tánger el 25 de Agosto último extractamos lo siguiente:

ALAS doce del día llegó el vapor delante de Tánger, y quedé sorprendido al ver la avalancha de moros, que cual nube de langosta asaltó nuestra embarcación, disputándose el desembarque de los pasajeros. Entregué la maleta al primero que la solicitó, y guiado por él, di con mi humanidad en el fondo de una vetusta lancha que me llevó á tierra; acompañado por el mismo fui á la Misión católica, con objeto de saludar á los Padres franciscanos, infatigables defensores de los intereses católicos y españoles en esta nueva Babel llamada Tánger, ciudad de unos 30,000 habitantes, de los cuales 6,000 son judíos, 8,000 europeos y el resto mahometanos. Su aspecto, por fuera, es hermoso; por su interior, detestable. El comercio, aunque poco, está monopolizado casi en su totalidad por los judíos.

Por mucho que su imaginación fantasee, mi querido amigo, no podrá V. formarse idea exacta de lo que es esta población. Al entrar por primera vez en ella, queda el viajero absorto sin poderse dar cuenta de lo que ve. Moros de todas castas con su diversidad de trajes; judíos por doquier, asechando el momento de clavar sus garras usureras sobre el que tiene la desgracia de necesitarlos; europeos de diferentes naciones por cualquier lado, usando sus trajes respectivos y hablando su idioma propio. Esto se ve en Tánger á cualquier hora del día y en todas sus calles, que son un conjunto de laberintos, que quien se mete en ellos, corre el peligro de no salir más que con la ayuda de guía experto; así son de estrechas, tortuosas é intrincadas. Algunos edificios hay de construcción moderna, como la Misión católica, delegaciones de Gobiernos extranjeros y las casas de judíos ricos.

Año IV.—N.º 90



La mayor parte de los moros que pululan por las calles dan náuseas de verlos: tal es su falta de aseo. Sus costumbres corren parejas con el aseo de sus cuerpos: una de ellas es la celebración de la Pascua de los *Isagñes*, especie de hermandad, con su clavario y empleados: éstos entregan á los asociados algunos carneros vivos que los «cafres» descuartizan y devoran, con lana y todo, yendo en procesión desde la *Mensala* (corral grande) hasta la mezquita principal, distante unos cinco minutos; durante el trayecto, que tardan en recorrerlo más de cuatro horas, van saltando y dando

gritos horribles que espantan. Otra es la fiesta de los *kanduchis* (cofradía también), que van desde aquí á Mequinez en romería, golpeándose la cabeza con los alfanjes, resultando la mayor parte de ellos heridos, consecuencia de lo cual algunos pasan á la eternidad.

El domingo visité el *Alcázar* (fortaleza provista de algunos cañones de gran potencia) en donde están instalados el juzgado y la cárcel. En este último sitio no se puede entrar sino careciendo de los sentidos del olfato y vista. Ayer vi allí por incidencia castigar á un moro: los *ascaris* (soldados) del bajá sacaronle de la cárcel medio desnudo, y ya tendido en el suelo, principiaron de dos en dos á darle azotes que se oían á gran distancia; excuso decirle que no pude resistir el espectáculo; tuve que retirarme. ¡Cuándo sonará la hora de que por caridad, (no por ambición) las naciones cultas civilicen este continente! ¡Cuán-

do llegará aquí con todo su esplendor la luz del Evangelio!

La Misión católica, que aun llora la muerte del sabio y virtuoso P. Lerchundi, ha encontrado digno sucesor en el R. P. Francisco Cervera, que en el poco tiempo que desempeña el espinoso cargo se ha captado generales simpatías, demostrando poseer envidiables dotes de gobierno, y logrando hacerse amar y respetar de propios y extraños.

Comparte sus trabajos, como secretario, el infatigable misionero P. José Paixal, autor de una célebre carta á Salmerón sobre las Misiones.



GABÓN.—Campamento eshira. (Pág. 419)

15 Septiembre 1896

Los servicios que la Misión católica franciscana presta á los españoles residentes en este país, son incalculables, y mucho más podría hacer, si los Gobiernos de nuestra patria, obrando con verdadera previsión y patriotismo, le facilitaran los recursos suficientes para ello.

GOLFO DE GUINEA

Una víctima expiatoria.—Juntos al cielo

Desde Corisco escribe el 24 de Abril último el R. P. Sorinas, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María:

VÍCTIMA expiatoria. Así le han considerado cuantos misioneros han tenido que tratarle, admirando en él los ejemplos de paciencia y resignación de un Job ó de un Lázaro. Un hombre llamado Obenimie, de corazón sencillo y recto, despejada inteligencia para comprender la ley del Señor, aunque esclavo de condición, y á quien en el santo Bautismo se le llamó Lázaro, como previendo sus grandes sufrimientos; tal era la víctima agradable que Dios había escogido en estos bosques, para gloria suya y manifestación de su misericordia.

Una horrible llaga, como un cáncer ó caries del hueso, se apoderó de su pierna derecha, hace como seis años, consumiéndole lentamente la carne y cayéndose los huesos á pedazos podridos y cariados, hasta quedar sin pie desde el tobillo abajo. ¡Quién podrá comprender los grandes dolores que esto le había de causar! Se necesitaba fuerza sólo para ver tan espantosa llaga: ¿cuánta se necesitaría para sufrirla?

Sin embargo, oiga como hablaba al enseñarme algún pedazo de hueso que se le había caído de nuevo desde mi anterior visita:

—Padre, yo no soy de este mundo; mi corazón está en Dios, sólo en El puedo pensar. Aunque veo á otros ricos y sanos y que andan por donde quieren, no les tengo envidia, ni me quejo de Dios; estoy contento con padecer y estar así, cojo, y también con morirme porque quiero ver á Dios.

Y cuando le animaba á la paciencia, decía:

—Sí, Padre; Dios muy bueno para mí; El quiere mucho á mí.

Tal paciencia nos tenía á todos admirados y edificadas, pues jamás se le oyó palabra de impaciencia ó queja. Cuando le aumentaron los dolores pidió un crucifijo para consolarse con El, y así continuó hasta que desangrado y gangrenado expiró el 22 de Noviembre de 1895.

Su fervor había sido grande, no dejando nunca el santo Rosario, que rezaba en compañía de la buena Juana, su mujer. Mientras pudo venir á la iglesia era constante en la Santa Misa, comulgaba frecuentemente y asistía á todas las funciones; hasta que hace dos años al ver el Padre Superior que en las procesiones de Semana Santa dejaba tras sí un reguero de sangre, movido á compasión, le avisó que no viniese, pues le era muy costoso. Desde entonces no se movió ya de su pueblo.

Y bien se trasluce el fuego de amor de Dios que ardería en su pecho, por el respeto, afecto y hasta cariño que tenía á sus ministros. El y su mujer estuvieron siempre al lado de los Padres, ayudándoles y sirvién-

doles como podían, sobre todo al principio de la Misión, y sin ellos, con no ser más que pobres esclavos, hubieran sentido aumentarse nuestros primeros Padres el número de sus ya muchas penalidades. Con su buena voluntad, con sus sacrificios y con la confianza que merecían les sacaron de no pocos apuros. Cuando Lázaro no podía ya andar, tenía todo su contento en vernos á su lado, nos escuchaba con la mayor atención y reverencia; y en su agonía, perdidos casi todos sus sentidos, apenas entendió que estaban los Padres, exclamó varias veces: *Paya pa*: Padre y basta. Con el Padre tengo yo suficiente consuelo. Y no pudo hablar más. Eran las diez y media de la noche cuando le dejamos, y aquella misma noche, fortificado con los Santos Sacramentos entregó su alma á Dios y voló á gozar, según creemos, el premio de su paciencia.

Y se encontrarán juntos en la puerta del cielo, para hablar á lo humano, con otro esclavo, fallecido el mismo día, y á quien pocos días antes administramos el Santo Bautismo, que recibió con disposiciones más que ordinarias y con grandísimos deseos, pues hacía cuatro meses que nos lo pedía con instancia. Pudo recibir también la Santa Extramaunción, y lleno de confianza en la misericordia de Dios, cerró los ojos en este mundo para abrirlos en la eternidad. ¡Y justos juicios de Dios! El mismo día murió la compañera de su juventud, sumida en las tinieblas de la infidelidad, sin abrir los ojos á la luz del Evangelio. ¡Los juicios de Dios son justos, pero admirables, ni se pueden escudriñar por humano entendimiento!

Y aun voy á añadir otros consuelos que el Señor nos proporciona en medio de los trabajos y sudores que cuestan estas Misiones. Tales son los inocentes niños que con muerte temprana arrebató Dios, y á quienes el misionero ha abierto la puerta del cielo. ¡Qué alegría tan grande saber que por sus sudores quizá logró que un alma goce de Dios por toda una eternidad! Y algunos pobres esclavos á quienes llama el Señor en su última hora sin que éstos se hagan sordos á su voz amorosa. En la parábola de las bodas, mandóse llenar el salón del banquete de ciegos, sordos, etc. Así aquí: el banquete á que Dios llama á los sabios y ricos, se llena de pobres y esclavos, por su buena correspondencia. Aun estoy impresionado por el hecho que no ha muchos días nos sucedió. En medio de un fuerte aguacero nos avisan que un pobre esclavo de unos treinta y cinco años, abandonado de todos por su enfermedad, estaba para morir. Acudimos, y apenas nos ve el pobrecito, con voz capaz de conmover las piedras, se incorpora, y:

—¡Padre, sálveme! grita. ¡Bautismo, corra; bautismo, yo no quiero infierno ni demonio! ¡Sálveme!

Le bautizamos, y una hora después era ya cadáver.

Y no cuento esto por ser los únicos frutos de la Misión, pues hay bautismos, confirmaciones, matrimonios, frecuencia de Sacramentos, funciones, etc., que contar; pero las almas que llevamos al cielo son frutos maduros y sazonados; y en los demás, cuando hayan de presentarse á la divina mesa, no sabemos si se encontrará dentro el gusano de la mala conciencia. Este pensamiento nos mezcla con tristeza el gozo que sentimos por ello.

AMÉRICA MERIDIONAL

APUNTES SOBRE EL CHACO Y LOS INDIOS QUE LO HABITAN

V

EN las riberas de los tres ríos mencionados y de sus brazos, viven algunas tribus de indios infieles, que se alimentan casi exclusivamente con la pesca, la caza y frutas silvestres. Las tribus principales de que yo tengo conocimiento son las siguientes:

Matacos, chiriguano, tobas, chunupís, guaycurús, mocovís, avipones y belelas. Los matacos y los tobas son los más numerosos; todos ó casi todos tienen su idioma distinto. No tienen Gobierno ni jefe; están fraccionados en parcialidades poco numerosas, encabezadas por un cacique independiente que siguen más bien por instinto y conveniencia que por reconocer en él alguna autoridad: sólo en las guerras ó peleas con los cristianos ó con otros indios les obedecen; y á veces se coligan muchos caciques para hacer frente á los contrarios.

Tienen muchos usos y costumbres iguales ó muy parecidas.

Los misioneros Franciscanos del colegio de Tarija, en Bolivia, tienen algunas Reducciones de indios chiriguano, tobas y matacos, en las márgenes del río Pilcomayo: los del Colegio de San Lorenzo, provincia de Santa Fe, en esta república Argentina, tienen algunas Reducciones de indios avipones y mocovís, sobre el Salado; y el Colegio de Misioneros de Salta tiene dos Reducciones sobre el Bermejo entre los indios matacos, tituladas la *Purísima* y *San Antonio*, que distan mas de 100 leguas del Colegio. Estas Reducciones poseen un terreno de cuatro leguas frente al río y cuatro de fondo, concedido á los indios por el Gobierno de la provincia: y según las observaciones del agrimensor don Francisco Host, la *Purísima* se halla á la altura de 23,42 de latitud S. 64,19 O. del meridiano de París. Están situadas en la margen izquierda del río Bermejo, á dos leguas de distancia, sobre un brazo del mismo río.

VI

La tribu de los matacos, por un cálculo más ó menos aproximado, puede alcanzar á unas quince ó veinte mil almas. Viven en las dos bandas del Bermejo y del Pilcomayo, y algunos sobre el Pasaje, que es el mismo Salado, y también entre los cristianos de la Frontera E. de Salta. Estatura regular, color bronceado, carácter reservado, abyecto, cobarde, indolente y perezoso, entendimiento muy obtuso, son las notas más características de estos indios.

Son ladrones, ó mejor dicho, rateros casi por instinto, y algunas veces también por necesidad.

Como hombres que no tienen ningún principio de moralidad, que tienen una idea muy vaga de la propiedad y viven en la mayor indigencia, cualquier cosa que ven les llama la atención, se despierta en ellos el deseo de poseerla, y cuando pueden la hurtan; y aunque sea de muy poco valor creen haber hecho un gran robo. No hacen robos al «por mayor» á no ser por represalia ó insinuaciones y consejos de algún mal cristiano. Por su

motu proprio podrán cuando más carnear ocultamente alguna vaca, acosados por el hambre ó deseosos de comer carne alguna vez y persuadidos de que, habiéndose criado con los pastos de sus tierras, tienen algún derecho. No temo afirmar que han hecho mayores perjuicios los indios pampas en un solo *malon* que todos los matacos en veinte años.

Es difícil descubrir entre ellos el autor ó autores de un robo, porque unos á otros se temen y se encubren; y no puede uno fiarse de sus declaraciones, porque, cuando les conviene ó cae bien, echan la culpa á algún enemigo aunque sea inocente. No confiesan la verdad sino tomándolos de sorpresa ó cuando están convencidos que ya se conoce. Cogiéndolos *infraganti*, ó cuando están convictos y confesos, se les puede castigar sin peligro de represalia; de lo contrario, se creen castigados injustamente.

Estos indios no son belicosos, y más bien tímidos y cobardes; pero la represalia ó venganza es entre ellos un derecho sagrado: no lo ceden ni lo olvidan aunque pasen muchos años, y siempre que pueden suplen la falta de valor con la traición, ó sino, esperan á ejecutarla en alguna borrachera. Una muerte la vengan con otra, y si no pueden conseguir al matador la sufrirá otro de la misma familia ó parcialidad. Sin embargo, alguna vez se consigue que se contenten con alguna compensación en animales ó en ropa.

Las armas de que se sirven son: la flecha, la lanza y la macana. La lanza de ellos es de asta de ciervo, asegurada en la punta de un cabo de dos á tres metros: pero ya tienen muchas de hierro y de acero, que consiguen de los cristianos, como también puñales y cuchillos de diferentes tamaños, y aun armas de fuego.

Aunque son tenidos por nómadas no lo son en realidad, como no se llamaría tal una familia de cristianos que teniendo una estancia se mudase de un punto á otro sin salir de sus límites, para atender mejor sus intereses, ó proporcionarse con más comodidad la subsistencia. Las parcialidades de los matacos nunca salen de los límites de sus propios terrenos sino cuando vienen á trabajar en los establecimientos de caña de azúcar, y vuelven siempre á sus respectivas tierras.

Como viven de la caza, pesca y otros frutos silvestres, cuando se les acaba la manutención en un lugar se mudan todos á otro donde encuentran mas á mano lo que necesitan; y tienen algunos paraderos para el verano y otros para el invierno; pero ningún cacique con sus subalternos traspasa los límites de sus propios terrenos; y si una parcialidad pretendiese derechos á los terrenos de otra, sería esto un motivo de cuestiones, peleas y muertes. Son tan arraigados y aficionados á las tierras en que han nacido, que ésta es la causa principal de la prevención y enemistad que tienen con los cristianos; porque conocen y están persuadidos que éstos se las ocupan y quitan injustamente con el engaño ó la violencia.

Poco les cuesta mudarse de un punto á otro; pues la casa la trabajan en uno ó dos días, y el menaje, que consiste en algunas ollitas de barro y otros trastuelos y baratijas, todo lo carga la *china* ó mujer del indio. La casa de ellos es una choza formada con ramas de árboles plantadas en el suelo sobre una circunferencia

de seis ú ocho metros, la altura de dos á tres metros: las juntan arriba, formando una especie de cúpula, la acomodan y aseguran con pajas encima y á los costados, dejándole uno ó dos agujeros que sirven de puerta; y cuando se mudan á otra parte, le pegan fuego.

VII

Las ocupaciones del indio en su estado natural son: la caza, la pesca y el trabajo de las redes que para esto necesita. Las de la india ó china, á mas de cuidar los hijos, son las siguientes: trabajar la choza; traer agua y leña; preparar la comida; hilar y teñir lana y algodón; tejer ponchos y frazadas; recoger en el monte, beneficiar y torcer chaguar, que es una especie de pita, para las redes; trabajar maletas, bolsas ó llicas con el mismo chaguar torcido; trabajar, quemar vasijas de barro; recoger y acarrear algarroba y otros frutos; preparar la aloja, que ella no toma, é interponerse y sujetar cada una á su marido, cuando los indios, ya embriagados, arman alguna camorra ó pelea. La china, pues, es muy trabajadora y casi esclava del indio, el cual es tan celoso de su mujer, que nunca la deja salir sola de la choza.

Hay algunos indios, aunque raros, que tienen dos mujeres, pero son despreciados ó tenidos en poco por los demás. Quieren mucho á sus hijos, y los dejan hacer lo que se les antoja; nunca les reprenden y mucho menos castigan: desde la edad de diez ó doce años van donde quieren sin ninguna dependencia y subordinación á sus padres.

Cuando una muchacha llega á la pubertad, sus padres ó parientes le hacen una fiesta que dura ocho, quince, hasta treinta días; y consiste en pagar á uno ó dos indios para que junto á la choza durante todo el día toquen el *Pinpin*, especie de tamboril, acompañando el canto con este sonido monótono y el castañeteo de una sarta de cascabeles, que se atan á la cintura y hacen sonar con un movimiento del cuerpo acompasado. La pobre muchacha tiene que estar encerrada en un rincón de la choza detrás de un poncho ó frazada por todo el tiempo que dura la fiesta, y no puede comer pescado. Parece que esta costumbre tiene por objeto el hacer saber á los mozos que en aquella choza hay una muchacha casadera.

No he podido descubrir que estos indios tengan ceremonias especiales para sus casamientos sino las siguientes: El mozo, después de haberse puesto de acuerdo con la muchacha, manifestándole el deseo de tomarla por mujer, la pide á sus padres, ó parientes más inmediatos si aquéllos no existen: si ellos son gustosos, en su misma presencia verifican el contrato los novios: y los padres recomiendan su hija al yerno, le exigen la promesa de que no la maltrate, etc. Pero si no consienten los padres, de ordinario todo se queda en nada; aunque á veces se casan y se van á otra parte. Respecto á las viudas y otras que han sido botadas por sus maridos, de ordinario todo lo arreglan entre sí los pretendientes. Algunas veces contratan el matrimonio antes de la pubertad, pero no conviven. No conocen la indisolubilidad del matrimonio, y los divorcios son muy frecuentes, especialmente por parte del hombre. Sin embargo, cuando llegan á tener algún hijo es muy raro que se separen.

VIII

Aunque en caso de necesidad y en las enfermedades leves todos son médicos, tienen también sus brujos ó médicos de profesión, á los que acuden y pagan de lo que tienen. Su modo de curar es muy singular y extravagante: si la enfermedad es local la curan de esta manera: hacen tubo de los dedos de ambas manos, y por ese conducto soplan largos ratos sobre la parte dolorida, calentándola con el aliento y dando voces inarticuladas como bramidos de toro; y después de haberse afanado en soplar y rugir, extraen de la parte dolorida un gusano, una espina, un palito ó un pedazo de flecha que dicen le había clavado el dios malo, y lo muestran al enfermo y á los circunstantes diciendo:

—Con razón este enfermo sufría; mirad lo que tenía clavado en el cuerpo: era esto lo que le estaba punzando y causando dolores. Y los simples lo creen.

Si á pesar de esto el enfermo no se alivia, es porque tiene otro pedazo de flecha, etc., y es preciso continuar la operación para extraerlo. Si el enfermo muere, no faltan á los brujos razones para declinar toda responsabilidad, y se excusan, diciendo unas veces que no los han llamado á tiempo, otras porque el enfermo no ha esperado que le saquen la otra flecha ó gusano, etc.

Cuando son enfermedades crónicas, especialmente de consunción, y no ceden á la cura de los médicos es porque el enfermo ha sido embrujado; en cuyo caso sólo el que ha hecho el mal puede deshacerlo. De modo que, si un enfermo de éstos ha tenido algún enemigo, éste precisamente debe ser el causante; y si el enfermo llega á morir, su vida también corre peligro si á tiempo no se pone en salvo.

Llegando la enfermedad á su último período, los brujos se reúnen en consulta y se pintan la cara, quedando tan horribles que da miedo el verlos: todos se ponen á curar al enfermo á la vez; haciendo una bulla infernal. Otras veces invocan á su dios para que les enseñe á curar la enfermedad, ó se fijan en algunas señales supersticiosas y extravagantes.

Cuando el enfermo no siente dolores locales, la enfermedad es clasificada por peste, y la curan de esta manera: ponen al paciente sentado ó echado en el suelo; se reúnen muchos indios, y comienzan á bailar en su derredor haciendo mucha bulla para asustar y hacer disparar la peste, y pisoteando el suelo á compás con tanta fuerza que lo hacen temblar.

Aquí también hay los brujos que hacen el papel principal, y se distinguen de los demás por algunas plumas que se atan á la cabeza, por un traje singular y un poronguito seco con su semilla que hacen sonar llevando el compás; cuando están rendidos se echan al suelo, descansan un rato, y en seguida vuelven á repetir con más empeño su operación, hasta que el enfermo se levanta, los acompaña en la bulla y en el canto, y se vuelve alegre á su choza acompañado de todos.

IX

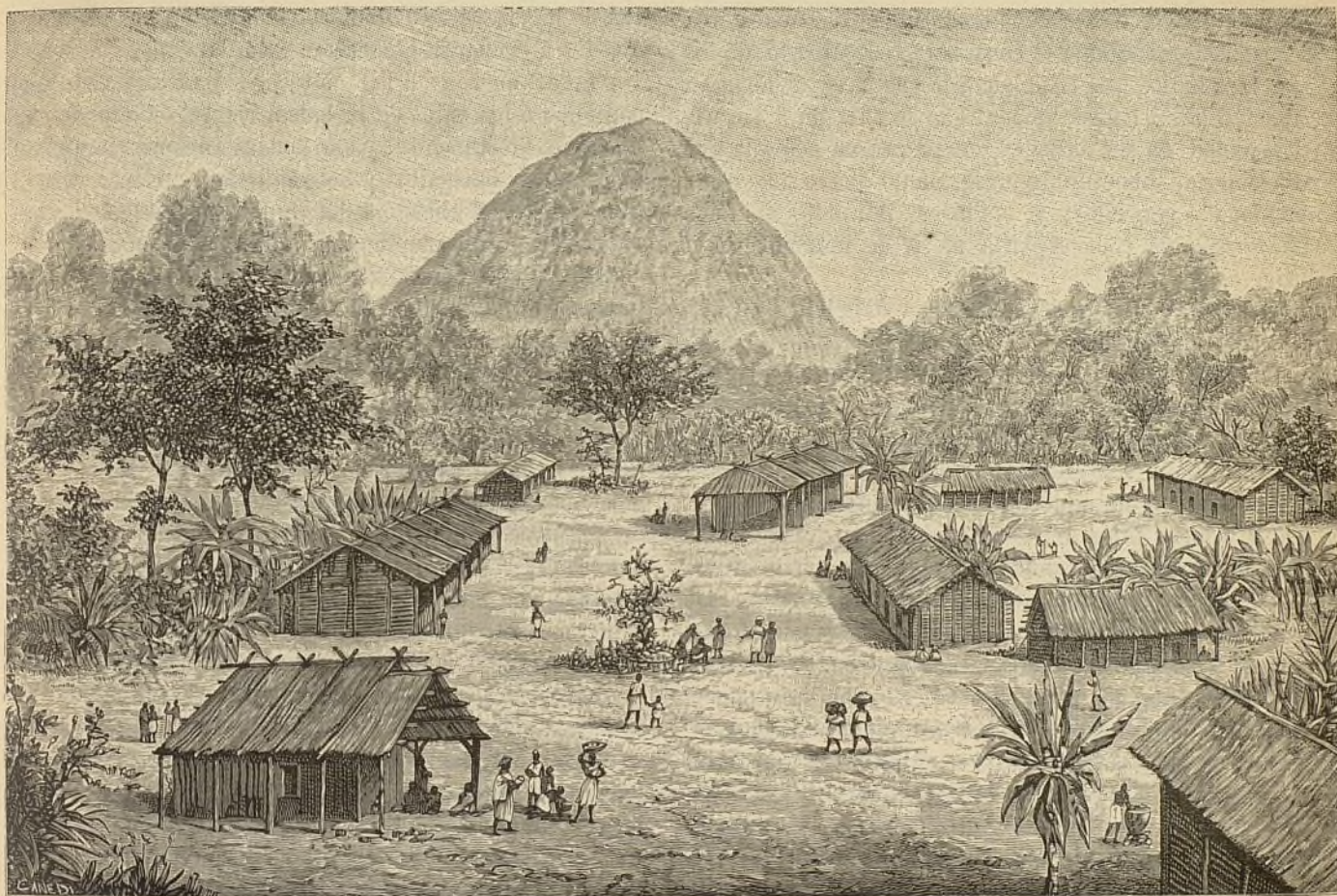
Tienen otro modo más solemne de conjurar las pestes y curar á los enfermos; y lo usan cuando los indios temen ó los brujos hacen creer que está por llegar alguna

enfermedad contagiosa. Para esto dan aviso con un pito de nueve á diez de la mañana: se reúnen todos los médicos en un campo despejado con sus plumajes, casaca- beles, lanzas, etc., y con la cara pintada: se colocan en línea, clavan su lanza en el suelo y se sientan. Entre tanto sigue el sonido del pito y concurren todos ó casi todos los indios de la toltería llevando los enfermos, y se echan á los rayos del sol, asistiendo á la función hasta las tres ó cuatro de la tarde. El que encabeza, ó sea el protomédico, está de pie á la cabecera de la línea que han formado los brujos; tiene una varilla en la mano derecha y un poronguito con polvos en la izquierda: fija la mirada en el aire y ve no se qué (él dice que ve pasar la peste, y los demás lo creen); la amaga y la es-

huellas para que la viruela no pueda seguirlos y conocer el punto donde se han refugiado.

Parece que estos indios no tienen valor para ver espirar á un moribundo, y cuando empieza á agonizar le tapan la cara y le atan muy fuerte toda la cabeza con un trapo; de modo que de ordinario mueren sofocados. A la muerte de uno, todos los parientes y otras chinas, que ellos alquilan, comienzan á llorar á gritos, aunque raro es el caso en que se les vean caer lágrimas de los ojos.

Su modo de llorar es una especie de canto triste y fúnebre, llamando por su nombre al que ha muerto; acompañado con el pinpín. El luto dura ocho ó diez días, y algunas veces hasta veinte ó treinta por parte de las



GABÓN.—Aldea de Mbiani-Shongo.—Vista del monte Ayumbi. (Pág. 418)

panta con la varilla, conjurándola y diciéndole que se vaya y pase á donde hay cristianos ó á los indios enemigos: huele una narigada de polvos, vuelve á clavar la vista en el aire y ve la peste: se sorprende, se asusta y vuelve á conjurarla. Los demás brujos curan simultáneamente á los enfermos con voces y gritos en todas las notas de la escala; hasta que se disuelve la junta y se acaba la fiesta.

Tienen mucho horror á la viruela, porque en ellos hace estragos, ya sea por su desaseo y el desabrigo en que viven, ya sea por su constitución física: cuando esta epidemia se desarrolla entre ellos, las familias se separan y se esparcen por los montes; y, según he oído decir, el que va atrás arrastra una rama borrando las

chinas; porque los hombres no lloran sino algunas horas ó cuando más algunos días.

A diferencia de los chiriguano, que entierran los cadáveres en sus casas metidos en una tinaja de barro cocido, estos indios los entierran en el monte en algún hoyo; y casi no los entierran por falta de herramientas, y solamente los cubren con un poco de tierra y ramas, poniéndoles á su lado una botija de agua. Los parientes más inmediatos del difunto tienen que abstenerse del pescado, que es su principal alimento, por veinte ó treinta días, ó sea hasta que el finado haya acabado el agua de la botija que ellos dicen que toma, y el cadáver esté descompuesto. Guardan esta abstinencia en señal de luto y como un obsequio hacia el difunto, porque

creen que, si comen pescado durante ese tiempo, el finado se ofende y no vuelve á visitar á los parientes que dejó en este mundo. Las que quedan viudas son muy vigiladas por los parientes hasta los nueve ó diez meses; nunca pueden salir de la choza, y llevan cubierta la cabeza y la cara con un trapo ó una llica y se cortan el cabello. Pasado ese tiempo pueden volver á casarse.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VAGAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

XII

La prisión (continuación)

CINCO días de navegación tranquila pusiéronme cerca del Morona: sólo el cansancio y desaliento de los tres indios que tripulaban la canoa me dejaban en situación difícil; pues todo el que se entrega á la pueril veleidad de los salvajes, en empresas como la que yo acometía, sabe que de un momento á otro puede ser abandonado por ellos; y entonces, llorando, no debe sino resignarse como Agar á morir de inanición en el desierto.

Además, la crecida del Marañón volvía inútil mi viaje y frustraba el objeto que me había propuesto; porque crecido el río, imposible era surcar con el pequeño barquichuelo para acercarse al Pongo; menos para penetrarlo, conocerlo y estudiarlo. Vime obligado á desistir del viaje.

Sin embargo, he aquí algunos datos notables.

El Marañón antes del Pongo tiene la anchura de más de quinientos metros; y cinco leguas más arriba enriquece su gran raudal nuestro hermoso río Santiago; las aguas desde éste al Pongo son apacibles y poca ó casi ninguna dificultad ofrecen á la navegación.

De repente el gran raudal toma giro vertiginoso; se va estrechando el cauce en una profundidad abismadora: de ahí, formando angosto canal, surgen paralelas, á la distancia de veinticinco metros y continúan, con poca diferencia, en la longitud de ocho á diez millas, dos inmensas peñas de granito que, al parecer, se pierden en las nubes, pudiéramos compararlas con las gigantescas columnas de Hércules, y son las que forman el tétrico y peligroso Pongo. La enorme masa de agua apretada entre los robustos brazos de las peñas, convertida en vórtices y remolinos, saltando como sierpe colosal, fuga rápidamente de los brazos que le oprimen. Un enorme pedrón, que en tiempo normal queda á flor de agua, precisamente en el punto más estrecho, da mayor violencia á la corriente y vuelve más inminente el peligro de pasarla. La inmensa altura de los muros, la considerable y tortuosa longitud de la canal, y la estrecha garganta que forma el abismo, vuélvenlo sombrío y obscuro, y, debido á esto, todo en el Pongo está revestido de no sé qué de aterrador y misterioso, al mismo tiempo que se desbordan allí los más patéticos sentimientos de lo magnífico, grandioso y sublime.

El Amazonas es el monarca de los ríos del mundo; el Marañón su augusta cabeza; el Pongo de Manserriche el gallardo cuello de este gigante soberano.

El paso del Pongo en tiempo normal, se hace con poco peligro en canoas, y fácilmente en balsas: no así en tiempo de lluvia; sólo se hace en balsas de manera bien peligrosa.

En el año 1888 el ingeniero español San Romón volvía, desengañado de las fabulosas minas de oro que había creído encontrar en el río Santiago: por despecho ó por el deseo de ganar tiempo para reparar las pérdidas ocasionadas, quiso aventurar el paso del Pongo, en estado de creciente.

La expedición componíase de cinco balsas y treinta tripulantes: éstos ante el peligro principiaron á temblar, muchos dejaban verter amargas y copiosas lágrimas, como presintiendo la terrible catástrofe, y todos suplicaban á San Romón que no les entregase impasible á la muerte que creían segura. Impertérrita la voluntad de hierro de San Romón, revólver en mano obligó á todos á prepararse para tan fatal lance.

Atadas cuerdas á las cintura, sujetábase cada uno con ellas á los palos de la balsa, con el objeto de adherírsele fuertemente, y no poderse desprender en la rapidez, en los saltos y botes de la corriente y en el hundimiento al abismo á donde debían descender, para surgir luego juntamente con la balsa á la superficie.

Todos tendidos de largo sobre los palos, lanzaron las balsas á la corriente, que no tardó en precipitarlos á la vorágine; la balsa de San Romón seguía á las demás, y hundiéndose también con ellas: pocos minutos después, torneando rápidamente en medio de los remolinos que agitaban las fugaces ondas, saltaron de ese antro cavernoso cuatro balsas, inclusive la de San Romón. Un grito de satisfacción y palabras de animado entusiasmo de éste se confundían con el ronco y pausado tronar del agua en las tenebrosas obscuridades del Pongo. Poco después, con nueva rapidez húndense las cuatro balsas, y luego de largo rato el abismo vuelve á lanzar tan sólo dos de ellas á la superficie. San Romón se cree perdido, grita desaforadamente á sus compañeros que detengan la balsa; siente, ve que las ondas van á tragarlo, y no se resuelve á quedar ahí sumergido para siempre: no han pasado todavía el trance más peligroso, que se halla cabe la piedra monstruosa, y mientras más se acerca, San Romón se desespera, se retuerce, se agita, un sudor frío le cubre instantáneamente todo el cuerpo; excitados los nervios, hace prodigios de valor para detener la indómita balsa; y junto á la roca, como si para tragarla hubiese abierto las voraces fauces el monstruo por cuyo ondulante lomo San Romón se había atrevido á deslizarse, la deja sepultar en su seno con la rapidez del rayo, para no verla salir jamás.

Después de largos minutos salió del Pongo una sola balsa llevando á flor de agua tendidos sobre los palos, dos hombres al parecer muertos, y tres arrastrádoles dentro del agua; no era la balsa de San Romón, que se hundió para siempre. Una hora más tarde volvió en sí uno de los hombres; repúsose, y apenas se dió cuenta de lo que había pasado, quiso dar vida al compañero, pero se convenció que era inerte cadáver; trató de sacar del agua á los que arrastraba la balsa; y el primero á quien tiró de la cuerda, salió despedazado, sin cabeza y sin piernas; el segundo surgió con un enorme lagarto que del costado le tenía ferozmente asido con los dien-

tes; y el tercero había servido ya de pasto á insaciables bestias.

Pasado el Pongo de Manserriche, el Maraón se exhibe encantador, tranquilo, majestuoso y pausado en un lecho de mil metros de anchura, y principia desde ahí, sin obstáculo, la verdadera navegación á vapor que sigue hasta el Atlántico en el espacio de unas mil leguas, sobre un volumen de agua resultante de cerca de mil doscientos afluentes, de una fuerza que rechaza al Océano á más de treinta leguas, y de una cantidad que lleva al seno del mar veinticinco millones de metros cúbicos por minuto.

En el año 1869 el prefecto del departamento de Loreto Lino Olearia, acompañado del célebre ingeniero Arturo Wertheman, bajo la dirección del marino Manuel María Carvajal, con el buque peruano *Napo*, quiso resolver prácticamente la difícil cuestión de si era ó no posible pasar á vapor el Pongo.

Carvajal se manejó como un héroe, hizo esfuerzos soberanos para internarse hasta medio Pongo, frecuentemente se mellaban los bordes del buque con repentinos roces y fuertes golpes en la granítica peña, numerosas veces escapósele el timón de la mano, y la corriente hacía retroceder ó virar con vertiginosa celeridad, tanto que, á cada estremecimiento del buque, toda la tripulación temblaba de terror. Con varonil firmeza arrojó Carvajal esta titánica lucha con las furiosas olas del Pongo, y, cual á corcel indómito, sujetó la inquieta proa del tembloroso buque á luchar, romper y domar la impetuosa corriente.

A través de mil peligros llegaron los atrevidos marinos á medio Pongo, habían salvado lo más difícil, con un poco más de esfuerzos, coronada habría sido la heroica empresa; sin embargo, lo maltrecho del *Napo* y las serias averías que había sufrido exponían imprudentemente toda la tripulación á un suceso que tal vez les habría sido fatal: por esto viéronse obligados á retroceder.

Lo más peligroso de esta expedición fué el regreso; porque arrastrada con violencia por la corriente y lanzándose precipitadamente la embarcación contra el pedrón y la peña, sólo la fortuna y destreza de Carvajal dejaron que del Pongo saliese como flecha, ileso el buque, á seguir deslizándose sobre las tranquilas aguas del Maraón.

El problema de la navegación en el Pongo quedó resuelto en los siguientes términos: Un buque de construcción más adecuada y de mayor fuerza que el *Napo* puede pasar el Pongo, siempre con peligro y nunca con seguridad: el punto cabe el monstruoso pedrón es el más difícil por la angostura del espacio y lo imposible de la maniobra: sin embargo, al romperse esa piedra, que no sería difícil hacerlo, la corriente volveríase más rápida, y el cauce, hoy limpio y profundo del río, quedaría sembrado de piedra, y la navegación se tornaría más peligrosa.

Conociendo las infinitas ventajas que traería consigo un camino á la parte inferior del Pongo, los peruanos han agotado ya todos los medios de poderlo conseguir.

En el año 1836 el presidente Camporredondo se dirigió por primera vez al Prefecto del Amazonas, para

interesarlo en abrir un camino de Chachapoyas á Manserriche.

En 1843 Sebastián Fernández, prefecto de Chachapoyas, hizo la primera tentativa de abrirlo á costa suya; mas sorprendióle la muerte en los preparativos.

En 1852 Mariano Aguilar emprendió la primera trocha; llegó á un punto denominado San Bartolo, no muy lejos de Chachapoyas, donde quedó vencido por mil dificultades.

En 1859 el ilustrísimo señor Obispo Ruiz, con este objeto organizó la Sociedad «Patriotas del Amazonas;» emprendió el viaje de exploración el 27 de Mayo, y siguiendo el río Neiva, salieron los exploradores mucho más arriba de Manserriche el 13 de Octubre.

En 1860 Baltasar Eguiguren hizo el último esfuerzo en buscar camino hacia más abajo del Pongo; pero sin mejor resultado que los anteriores, apenas logró encontrar el río Aichipena que desemboca más abajo de Manserriche en el Maraón.

BRASIL

Nuestro invierno.—Nuevo Obispo.—Beati qui propter justitiam. Episodios varios.

El R. P. Ramón Genover, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde San Pablo el 3 de Julio de 1896:

HALLÁMONOS en pleno invierno; pero más que de invierno, parecen de primavera los días que pasamos. La temperatura es agradable. Los árboles están cubiertos de hojas y muchos de ellos de flores; los días aparecen claros, y el sol lanza sobre nosotros sus rayos, más ardientes de lo que se podía esperar en esta estación. Los días, aunque algo más cortos que en el verano, son suficientemente largos para poder ejecutar con luz natural todos los quehaceres más importantes. Amanece á las seis de la mañana y anochece á la misma hora de la tarde. Una ventaja muy importante tiene esta estación sobre el verano, y es que en ésta apenas hay enfermedades reinantes, mientras que en aquella fácilmente aparece la fiebre amarilla y otras no poco peligrosas. Aun las poblaciones que habitualmente suelen ser más castigadas por el vómito negro, recobran en este tiempo su animación, porque, ó cesan del todo los casos, ó se dan muy raramente.

Aquí, al revés de ésta, la época de lluvias es el verano, y el invierno lo es de seca. Como cosa rara se ha visto este año comenzar el invierno con lluvias casi cotidianas, que se prolongaron hasta el cambio de luna. Y más nos llamó la atención el observar que aquéllas se presentaron, no de un modo manso y suave, como la lluvia de invierno sino con truenos y tempestades, como suelen darse en verano. En todo se ve que nos hallamos en la zona tórrida.

Por fin se han confirmado nuestros augurios acerca del nuevo Obispo de la diócesis recientemente creada en el Estado de Espíritu Santo. La Santa Sede se ha dignado elegir para tan elevada dignidad al Ilmo. Sr. canónigo de este Cabildo y párroco de Campinas Dr. Juan B. Nery. Según voto universal, ha sido ésta una elección oportunísima, ya se atiendan las cualidades físicas, ya intelectuales, ya morales del candidato. Joven aún,

pues no llega á treinta y cinco años, es de una ilustración más que regular, y está avezado á la lucha con los enemigos de la Religión, con los cuales ha sostenido serias polémicas por medio de la prensa. En la diócesis goza fama de predicador apostólico, y el señor Obispo, en su reciente visita, le llevaba consigo para compartir con él las tareas de la misma, especialmente en lo que concierne á la predicación y confesonario.

alas de su celo, y siguiendo la corriente del río Araguaya, internarse en los lugares en donde tienen sus moradas los indios salvajes de la tribu de los javaés. Costárale caro su santo atrevimiento, si la Providencia de Dios no viniera en su auxilio. Fué recibido con exteriores muestras de entusiasmo salvaje; empero se había ya dado contra él y sus acompañantes sentencia de muerte. Ellos no lo supieron hasta pasado el peligro. Salvóles



GABÓN.—Aldea eshira, á orillas del Ofuwu. (Pág. 419)

Los misioneros tenemos motivos especiales de satisfacción, puesto que él fué quien, con sumo gusto, anduvo por la diócesis predicando y recogiendo limosnas para las obras de nuestra casa é iglesia. ¿Quién sabe si el Inmaculado Corazón de María ha querido pagarle desde luego tal sacrificio poniéndole en donde, sin grandes peligros espirituales, pueda trabajar en mayor escala por la gloria de Dios y lucrar mayor cúmulo de méritos? Decimos sin grandes peligros espirituales, porque las circunstancias de la diócesis que el Señor le confía no son para halagar el amor propio ni para fomentar la vanidad. Un obispado de nueva creación en una nación completamente divorciada de la Iglesia, y en el cual ni hay Seminario, ni casa episcopal, ni Catedral, ni casi ningún elemento; que sólo cuenta con una docena de sacerdotes para cuidar de un rebaño que se halla desparramado en centenares de leguas, y que algunos de ellos están ya viejos y poco menos que inútiles, no es, ciertamente, un bocado muy apetecible que digamos, mirándolo con los ojos de la carne. Fortuna que el escogido del Señor está ya acostumbrado á mirar las cosas de tejas arriba, como se dice.

Algún día se podrá quizá aplicar á sí la palabra de Jesús: *Beati qui persecutionem patiuntur...*, que nosotros aducimos á otro propósito. El blanco de esta bienaventurada persecución fué el ilustrísimo señor Obispo de Goyaz en su última visita pastoral. Quiso en

un indio de la misma tribu, que les servía de intérprete, el cual dijo á sus camaradas, que si mataban al Obispo, persona tan principal entre los civilizados, vendrían éstos con las máquinas de guerra de que disponen y los aniquilarían á todos. Esto los detuvo, y dejaron ir en paz á los prisioneros.

No son ciertamente tan peligrosas como ésta por ahora nuestras Misiones; pero, gracias al Señor, van siendo notablemente fructuosas. Como datos comprobantes, voy á citar algunos episodios en ellas acaecidos. Dejando aparte el entusiasmo popular que se va descubriendo en las numerosas cabalgatas que acompañan á los misioneros al comienzo y fin de ellas, en los innumerables cohetes que en todas direcciones hienden los aires, en las ruidosas charangas que aun en pueblos muy secundarios festejan á los enviados del Señor, bastará que digamos que los Padres están confesando durante todo el tiempo disponible desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, y si no se confiesa más, no es por falta de penitentes, sino de confesores y de tiempo. En San Miguel Arcángel se comenzó el edificio de la iglesia parroquial de que carecía, y durante la Misión se reunió la mitad de la cantidad que se necesita para terminarla. Lo propio se hizo en Tatuhy y Ríofoe. En el mismo Tatuhy bautizamos una señora israelita, que estaba casada y con hijos. Hasta ahora se llevan hechos unos doscientos matrimonios de gente

amancebada, y muchos bautizos de niños y niñas que ya contaban meses de edad. Es consolador y hace verter lágrimas lo que hacen estas sencillas gentes para poderse confesar. Bendito sea el Señor que aquí nos ha traído, y que por nuestro medio tantos bienes hace á este pueblo tan digno de mejor suerte.

ARAUCANÍA

Memoria anual de los trabajos apostólicos llevados á cabo en el año 1895 por los misioneros del Santísimo Nombre de Jesús de Castro.

El R. P. Felipe S. Bórquez, franciscano y prefecto de Misiones, desde Angol escribe al Ministro del Culto el 1.º de Mayo de 1896:

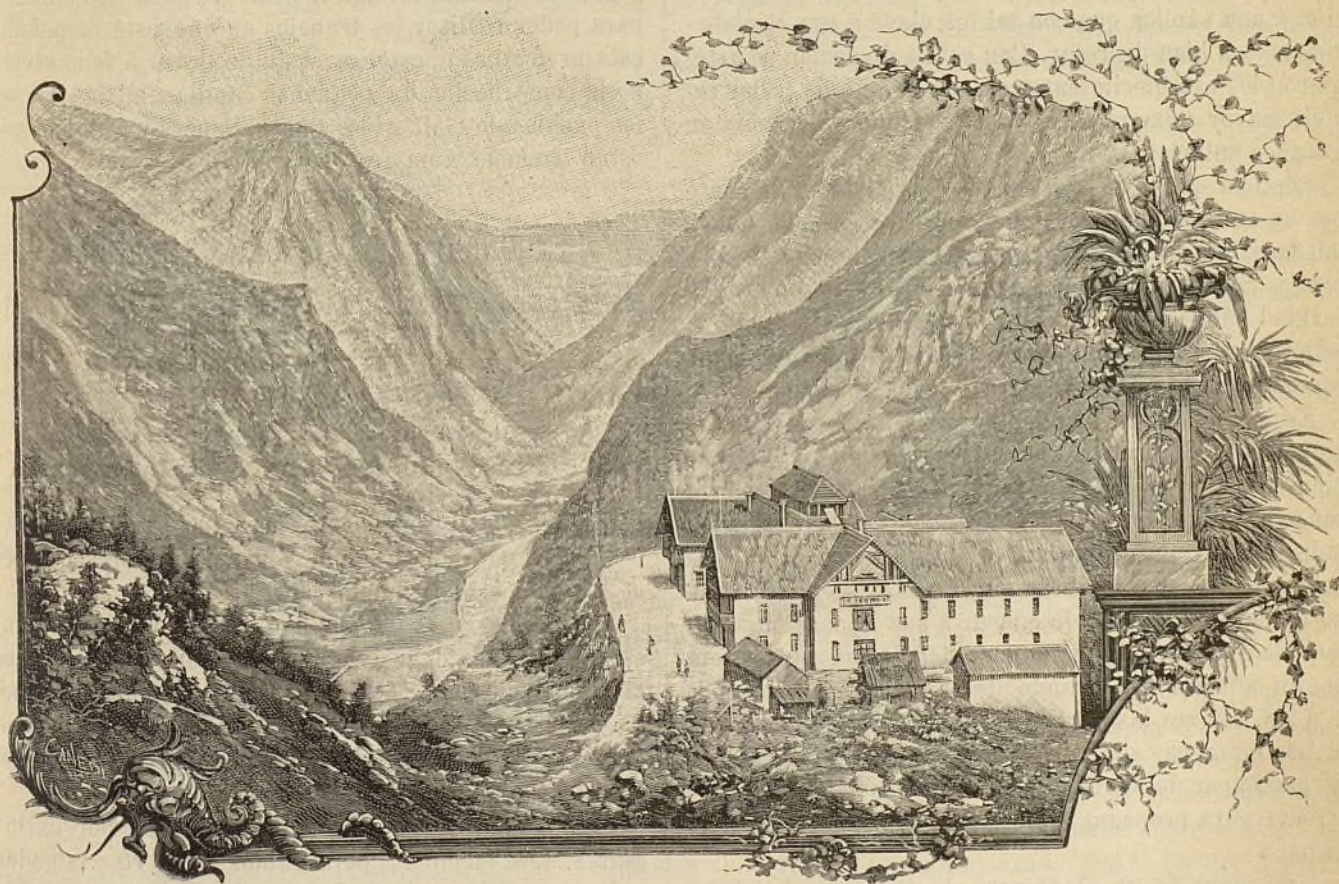
NUESTRO Colegio tiene actualmente en las Misiones 11 sacerdotes y 2 Hermanos legos, ocupados en evangelizar á la raza araucana. Estamos distribuidos en siete casas misionales, que son: Angol, residencia del prefecto; Cañete; Lumaco; Traiguén; Cholchol; Nueva-Imperial, y Carahue.

Residen también en esta prefectura 2 sacerdotes, que pertenecen al Colegio de San Ildefonso de Chillán y al de Nuestra Señora de la Cabeza de Santiago. Ambos

con este fin ha fundado la caridad cristiana, jamás desmentida en la sociedad chilena.

Tengo la satisfacción de comunicar á V. S. que los trabajos apostólicos de los misioneros en el año último fueron superiores á los que se hicieron en el año anterior. Hago referencia á las correrías apostólicas que practicamos todos los años visitando á los indígenas en sus mismas Reducciones; al mayor número de alumnos que frecuentaron nuestras escuelas misionales, y á los trabajos materiales efectuados en las casas sujetas á mi jurisdicción.

Grato ha sido para mí haber visitado personalmente gran parte del extenso territorio que abraza esta prefectura; de haber podido apreciar el grado de adelanto que lentamente se obtiene en las tribus araucanas. Puedo asegurar como testigo ocular que los araucanos dan cada día un paso más hacia la senda de la civilización. Este cambio, al parecer repentino, que se nota en una raza indómita y tan aferrada á sus tradiciones, no se debe á otro influjo sino al que ejerce la Religión católica. Cuando todos los araucanos hayan recibido la fe de Cristo, entonces los tendremos ganados para la civilización. Todos nuestros esfuerzos van encaminados



NORUEGA.—Nærødal y posada Stalheim, junto al Gudvangen. (Pág. 426)

están ocupados en la redacción de una Revista religiosa y literaria *El Misionero Franciscano*, que cuenta con cinco años de existencia. En ella se publican mensualmente los trabajos apostólicos de nuestros misioneros.

La impresión de esta Revista está á cargo de las Hermanas Terciarias Franciscanas de este pueblo; en el trabajo de tipografía ocupan á las niñas indígenas que gratuitamente educan en el establecimiento que

á este noble fin, tan ansiado por nuestra Orden desde tiempo inmemorial.

El número de indígenas cristianizados en el año 1895 asciende á 2,184, y á 314 los matrimonios. Las confirmaciones fueron 567. Además bautizamos 976 niños españoles, y bendijimos 148 matrimonios. El número de alumnos en nuestras escuelas ascendió á 618, de éstos 105 fueron indígenas.

En el Colegio de las Hermanas Terciarias hubo 137 alumnas, de éstas 75 fueron indígenas, las que permanecieron todo el año en el internado.

Este Colegio está servido por 13 Religiosas, que honran altamente el Instituto que profesan. Con una caridad que asombra atienden, enseñan y forman el corazón de la mujer indígena de tal manera, que comprendan y se den cuenta exacta del papel que la mujer cristiana debe desempeñar en una sociedad culta y laboriosa. No sólo les enseñan á leer y escribir, sino también teórica y prácticamente á lavar, coser, bordar, tejer y demás oficios que la mujer debe desempeñar en el hogar doméstico. Muchos y no interrumpidos sacrificios se imponen estas Religiosas; pero muy grande será el premio que han de recibir por sus desvelos. La sociedad toda los reconoce, y el supremo Gobierno empieza á prestar su cooperación á este Instituto, que fué el primero en poner en práctica la educación de la mujer indígena.

Como habrá notado V. S., en el año 1895 hemos tenido un aumento considerable de alumnos; este incremento lo debemos al auxilio extraordinario de cuarenta pesos mensuales á cada una de nuestras escuelas que el señor Ministro de Instrucción, prestando su aprobación á una súplica que con tal fin elevé á ese Ministerio, tuvo á bien decretar. Con esta subvención se arreglaron los establecimientos escolares á fin de poder recibir mayor número de alumnos del que se recibía en los años anteriores.

Lástima que esta subvención haya sido solamente por un año, habiendo quedado nuestras escuelas en la misma situación azarosa de los años anteriores. Los pobres misioneros tienen que sacrificarse é implorar la caridad pública para no cerrar estos asilos de la niñez; asilos que bajo ningún punto de vista deberían estar privados de la protección del supremo Gobierno.

En las Memorias anuales pasadas á ese Ministerio he manifestado en cumplimiento de mi deber la conveniencia y la obra de justicia que haría V. S. si mandara construir algunas escuelas destinadas á la educación indígena. A consecuencia de la radicación oficial los pobres indios han quedado muy lejos de los pueblos, y no tienen escuelas donde educar á sus hijos. Con suma facilidad podría subsanarse esta deficiencia que se nota en un número tan grande de la población nacional, si V. S. tomara las medidas que el caso requiere.

Los indígenas son tan dignos como todos los chilenos de participar de los fondos públicos que el Estado distribuye para propagar la instrucción primaria en todo el país.

Muy reducido es el número de indígenas que sabe leer y escribir. Con mucho sacrificio se desprenden de sus hijos durante un año, para irlos á colocar de internos en nuestras casas misionales.

Hago presente á V. S. esta necesidad, á fin de que todos los chilenos propendamos al bienestar de una raza digna de mejor suerte.

Si fuera de la aprobación de V. S., y diera los medios que la obra exige, podríamos establecer grandes internados de niños indígenas en las casas misionales; allí se les enseñaría, además de leer y escribir, á trabajar en talleres de carpintería, herrería, zapate-

ría, etc. Mas para sostener estos internados se requiere la cooperación del supremo Gobierno. Nuestra iniciativa se ve frustrada por la carencia absoluta de recursos. Nadie más que V. S. puede emprender estas obras en bien de tantos infelices araucanos que reclaman ilustración y trabajo.

Con los cuatro mil pesos que V. S. asignó para fábrica de templos misionales hemos hecho los siguientes trabajos:

Se invirtieron mil pesos en refacciones del Colegio de niños indígenas que tenemos en esta prefectura.

Se destinaron dos mil pesos en comprar materiales para la iglesia que se está construyendo en Nueva-Imperial.

Se destinó mil pesos á la Misión de Cholchol para proseguir los trabajos de la nueva iglesia que allí se construye.

Recibí, además, dos mil pesos del Ministro de Instrucción Pública para proseguir un edificio que se estaba construyendo en el Colegio de las Hermanas Terciarias; edificio que ya se concluyó, y que está prestando importantes servicios en pro de la educación de la mujer indígena.

Réstame, señor Ministro, pedir vuestra cooperación para poder realizar los trabajos en que está empeñada esta prefectura apostólica, á fin de llevar á feliz término la construcción de pequeñas capillas misionales en los pueblos de Galbarino, Purén, Sauces y Quidico, que están llamados á un gran porvenir.

EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

II

En casa de Nchumbi.—Algo de cocina africana

AQUEL día el tiempo era magnífico, y atravesábamos por un país cada vez más pintoresco; pero por desdicha inhabitado.

Los eshiras y los nkomis han convenido en respetar esta gran línea de selva, que sirve de división entre ambos pueblos, y que es de propiedad común: en aquellos extensos bosques unos y otros van á recoger grandes cantidades de caucho, que transportan al Ngunie, á Sette-Cama, Ngove y á Fernán Vaz.

Este tráfico, como el del marfil, acabará por extinguirse. Los elefantes, perseguidos y muertos, tienden á desaparecer, y respecto al caucho, sin contar que la liana se agota cada año, se va haciendo muy rara, gracias á la imprevisión de los indígenas, que para operar más pronto, cortan el tallo y la destruyen.

No le queda, pues, á esta comarca otro porvenir que el cultivo del suelo, la explotación de sus riquezas vegetales y minerales, y la civilización de los indígenas por el trabajo. Este es el punto capital.

Al anochecer, después de una marcha de más de cuarenta kilómetros, llegamos á la primera aldea eshira.

Las cabañas son en general pequeñas, bajas, sucias y dispuestas en prolongadas líneas. No adornan los aposentos artículos de procedencia europea, ni se ve allí nada de cuanto da á las aldeas nkomis ese aspecto de civilización que admira á los extranjeros.

La recepción se hace al aire libre, á la sombra de algún mango respetado por el hacha.

Esta aldea se llama Ilamba, y su anciano jefe responde al nombre Nchumbi.

Al llegar la caravana los muchachos cesan en sus juegos, las mujeres suspenden su trabajo y los hombres dejan sus pipas: todo el mundo nos contempla con la boca abierta.

—¡Tato! ¡Mamo! (¡Padre! ¡Madre!) ¡cuánta gente! ¡ved á uno enteramente blanco! ¡oh! ¡oh!

Todo se redujo á algunas exclamaciones, y nadie se movió, pues no sabían cuáles eran nuestros intentos.

Cuando mis hombres hubieron echado al suelo los paquetes, el viejo Nchumbi con toda su escolta vino á felicitarnos por nuestra llegada, preguntó el objeto de nuestro viaje, y sentóse en el suelo aguardando la respuesta.

En aquel país es desconocido el uso de sillas á la europea: por todo asiento os ofrecen un taburete, que con frecuencia es una simple rama.

—Mi buen Nchumbi, le dije, venimos á trabar amistad contigo, y tu hospitalidad nos dará á conocer los sentimientos de tu corazón.

—¡Awoh!

—Necesitamos víveres.

—¡Awoh!

—Nos conviene descansar cómodamente.

—¡Awoh!

—Queremos amigos.

—¡Awoh!

—Y tú nos has de proporcionar todo esto. Y así, abre tus cabañas, y muestra á mis portadores su alojamiento.

Raras veces he visto á un hombre más alegre. De un salto se puso en pie, y volviéndose hacia su séquito, que engrosaba ostensiblemente, pronunció en eshira una especie de arenga, cuyo sentido se leía en la fisonomía del orador. Dos palabras salían á cada momento de los labios del auditorio.

—*Tabac*, decía, *tabac* y *cucu*; muchos *cucus*.

Cuando Nchumbi hubo terminado su discurso, la multitud prorrumpió en un formidable ¡Awoh! al que siguió una confusión indescriptible. Unos ofrecían alojamiento, otros presentaban comestibles. Dióse caza á patos y gallinas, mientras otros perseguían á una magnífica cabra que al parecer no gustaba de la fiesta.

Luego Nchumbi, viendo cumplidas sus órdenes, vino á sentarse junto á mí, mientras que amontonaban á mis pies toda suerte de víveres.

Aquellos de mis lectores que no conocen la lengua eshira, creerán que *tabac* no tiene más que una acepción, muy conocida de los fumadores, mas entre los eshiras significa cabra ó macho cabrío indistintamente. Y lo que llamamos gallo ó gallina, se denomina allí *cucu*, lo que prueba una vez más que nunca es prudente juzgar por las apariencias, y que el valor de un término es siempre relativo.

—Oye, Nchumbi, le dijo Mbule; nosotros los nkomis llamamos á este blanco *Ozungé*, que quiere decir salvador, que tal es su oficio, pues ha venido para salvarnos á todos.

—Dile á *Ozungé* que Nchumbi está muy contento de trabar amistad con él, y que el pueblo de Ilamba está á su disposición. Respecto á los víveres, no seré yo quien os deje carecer de ellos. *Ozungé*, mi querido blanco, ya ves mi regalo á tus pies: come, sáciate y descansa, y cuando veas á los otros blancos, diles que vengan á verme. Eshiras, hijos míos, ¿no es así como se habla?

—¡Awoh! gritó la multitud.

Y nos dejaron en paz. Era ya tiempo, pues el sol iba á desaparecer, y como en aquellas comarcas el crepúsculo sólo dura breves minutos, hicimos á toda prisa los preparativos para la noche.

Después de un día de descanso, necesario para todos, nos despedimos de Nchumbi y de sus súbditos, dejándoles, en recompensa de su buena hospitalidad, algunas telas, sal y tabaco.

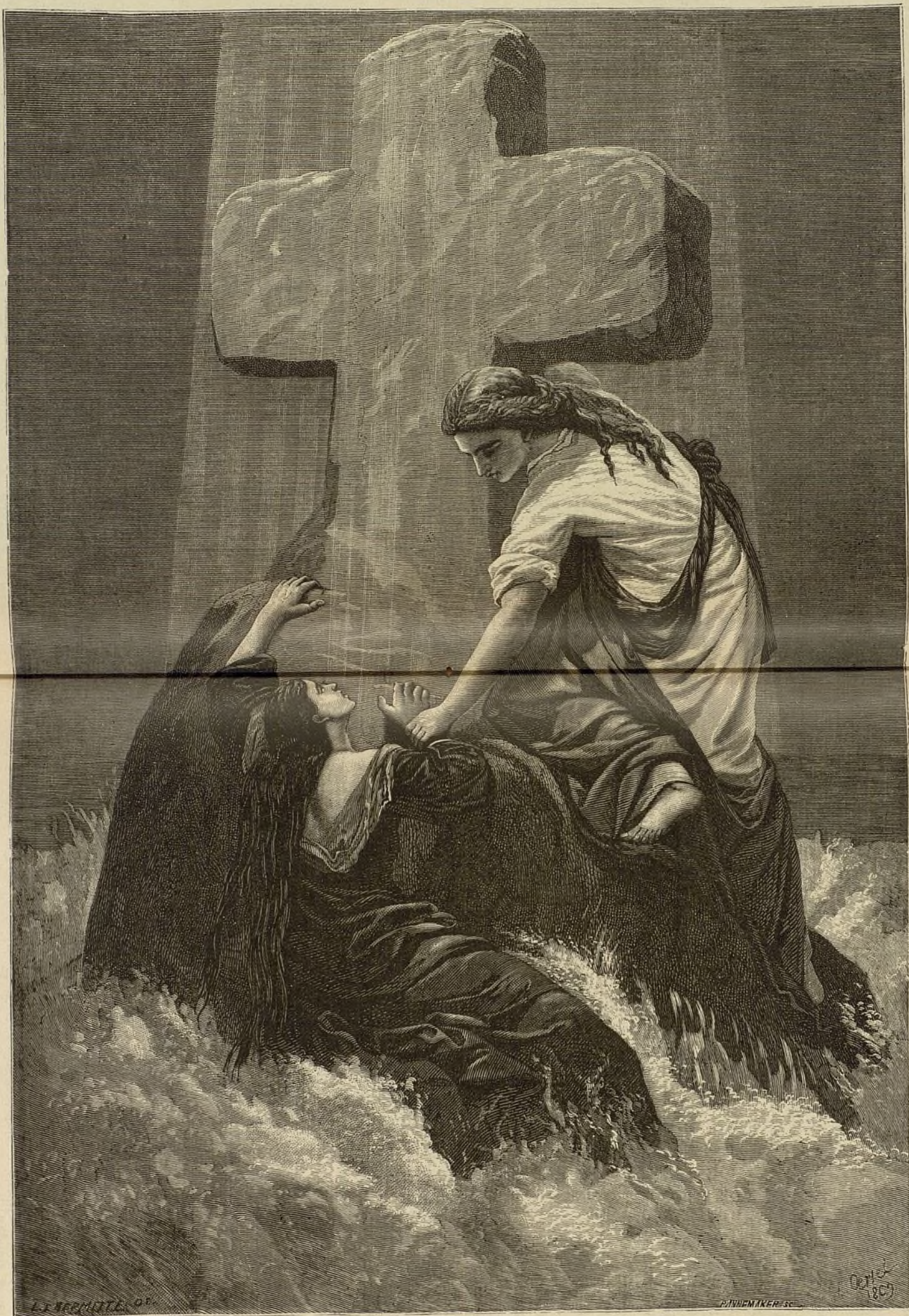
Henos ya de nuevo en camino, si camino puede llamarse la ruta que recorriamos. Había que escalar enormes troncos de árboles que nos cerraban el paso, é ir á gatas por entre las malezas, que nos desgarraban los vestidos y á veces la piel.

Al anoecer llegamos á un pueblo magníficamente situado en una colina, al pie de la cual corre el río Ofuwu, que en este lugar tiene más de cincuenta metros de ancho. Un puente une el pueblo á una especie de arrabal, especialmente reservado al comercio, y en el que hacen los cambios dos tratantes nkomis, dependientes de las factorías de Setté-Camma.

Desde este punto el pueblo que corona la colina de la orilla opuesta, ofrece un aspecto verdaderamente pintoresco: vense prolongadas hileras de chozas rodeadas de bananos; una avenida en que las mujeres ponen á secar sus cosechas de alfóncigos; grupos de muchachos que juegan bajo los rayos de un sol abrasador, mientras los viejos se distraen fumando y procurando reanimar, con el calor del día, la poca sangre que corre aún por sus venas: no abandonan sus largas pipas, y viven en una atmósfera de humo.

Me preguntaréis quizá cuál es el régimen alimenticio. Aquí, como en otras partes, la clásica haba ocupa el principal lugar en la alimentación. Crece en esta región gran variedad de judía en estado casi silvestre, y su cultivo no reclama cuidado alguno.

El pan es reemplazado por el banano y la yuca, y nadie imagine que se pierda en el cambio. Dios hace producir en cada país un alimento en relación con las necesidades de aquellos que deben habitarlo. Tal comarca no puede producir trigo, pero hállanse en ella arrozales magníficos, y el arroz constituye la base del alimento de los habitantes. Tal otro país que no produce arroz ni trigo no deja de alimentar al hombre, como sucede en toda esta región de la costa occidental de Africa. De la yuca, en efecto, extráese esa excelente tapioca tan buscada por nuestros gastrónomos de Europa; y no ha mucho se ha podido obtener de la banana una harina que hace excelente pan.



OH CRUX, AVE, SPES UNICA!

Estos alimentos son, por lo demás, muy ricos en principios nutritivos, y los europeos se acostumbrarían á ellos fácilmente. Empieza uno á comerlos porque no hay otra cosa, y acaba por quererlos, porque son buenos, sanos y substanciales: cuestión de hábito.

Hállanse aquí variedades de plátanos que son muy raros en la costa: entre otros uno que da simultáneamente dos racimos y cuyos frutos alcanzan hasta cuarenta centímetros de longitud.

En cambio es muy raro el plátano dulce, lo que se explica porque el eshira no viendo en él sino un fruto para postres, ha considerado inútil ocuparse en tal accesorio y descuida su cultivo.

Tienen también vastísimas plantaciones de yuca; pero en vez de prepararlas en palos como las poblaciones de la costa, ó en mollete como las tribus del Alto Ogowé, forman una especie de galleta muy apreciada en los viajes largos como provisión de camino.

Al efecto cuecen los tubérculos de yuca, los mojan en agua corriente durante veinticuatro horas, luego los ahuman y secan al sol. De la misma manera preparan los plátanos cuando quieren conservarlos. Así, al marchar los indígenas á la selva para la caza del elefante ó la recolección del caucho, se llevan grandes provisiones de esta galleta, que se conserva durante meses.

He visto por primera vez entre los eshiras nueva variedad de yuca. El tubérculo es mucho más farináceo, y cocido al rescoldo, ofrece un manjar delicioso. Como esta planta no existe en Fernán Vaz, la hemos plantado en la Misión de Santa Ana, y va muy bien.

Las mujeres labran los campos y cuidan de la casa. Los hombres sólo les prestan su concurso en Junio y Julio. Entonces armados con hachas se abren paso hasta los gigantes del bosque, y pegan fuego á la maleza: en pocos minutos todo es un vasto incendio: chisporrotean las hojas, desgájanse las ramas, todo se viene al suelo, todo arde, y la llama se eleva á mayor altura que los más grandes árboles, haciendo oír á lo lejos algo como el rugido de la tempestad.

Cuando vuelven al cabo de algunos días, el bosque está arrasado, y una espesa capa de ceniza cubre el suelo: sólo falta plantar y aguardar que vengan las primeras lluvias, para ver surgir una exuberante vegetación.

El hombre ya no se ocupa más de la huerta, y vuelve á su tarea de recoger caucho, que vende á un negociante á cambio de algunos vestidos, y caza de nuevo para tener carne.

He aquí lo que hizo ayer, lo que hará mañana y siempre hasta que sienta su mano menos segura para entesar el arco, y sus piernas débiles apenas puedan sostenerle. Entonces el hijo alimenta á la familia, y el anciano espera, fumando en pipa y narrando historias de otro tiempo, que le llegue la hora de ir á la mansión de sus antepasados.

A estas buenas gentes les gusta mucho la caza, que rara vez les falta; pues para ellos toda carne es buena, y son diestros en matar con arco los monos, jabalíes, tigres y antílopes.

Para determinar la muerte instantánea los indígenas embadurnan sus flechas con una decocción de *onai*, ve-

neno violentísimo cuyo menor contacto con la sangre es mortal. Apenas penetra el arma en el cuerpo del animal, da éste una vuelta y no tarda en morir como herido por el rayo. Apresúranse á sangrar á la bestia, cortan y desechan la parte picada, y reparten el resto entre todos los amigos.

Los eshiras comen todos los animales de la selva, á excepción del tigre, cuya carne es no obstante excelente y delicadísima. Así el gorila, el chimpancé, el caimán, la serpiente boa y la mayor parte de los reptiles les suministran un manjar delicioso, y sin duda lo es, pues alguno de estos animales, *experto crede*, vale tanto como el buey y el caballo que se comen en Europa.

Algunas tribus de la costa, y particularmente los nkomis, no comen la carne de gorila, sin que manifiesten por qué.

—Nuestros antepasados, dicen, no la comían, y nosotros no queremos innovar nada.

Algunos *sabios* deducen de esto que los negros reconocen en los monos grandes, antepasados más ó menos remotos. Convengamos en que esta conclusión, por *li-songera* que sea, peca de exagerada.

La verdadera razón consiste en que los nkomis y muchas otras tribus de negros y de blancos nunca comen carne de animal carnívoros, y como no transcurre año en Fernán Vaz sin que algún indígena sea víctima de la ferocidad del gorila, que, atacado y vencedor, desgarrar el cuerpo del infeliz á quien mata, los negros lo clasifican entre los más terribles carnívoros.

El gorila, como el chimpancé, vive únicamente de hierbas, plantas acuosas y frutas. Toda su crueldad se limita á defenderse contra aquellos á quienes teme. La vista del hombre le infunde miedo, huye á su aproximación si le es posible, y no le ataca sino cuando se cree amenazado. Mas entonces su crueldad es feroz y mutila á su víctima: sin embargo, nunca la come, ni bebe su sangre. Bástale destrozarla.

Esta digresión ha sido tal vez sobrado largo, pero la he hecho en gracia de los curiosos que deseen saber cómo se alimenta el salvaje.

Como se ve, no del todo mal, y el que venga á verlos puede hacerse servir un buen plato de trompa de elefante, por ejemplo, rociado con salsa de aceite de palma: si no halla el manjar succulento, por lo menos no compadezca á los que con él se regalan.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

V

Lorenzo Pack (continuación)

EL nuevo mandarín que vino al cabo de siete meses, dijo al ilustre confesor de la fe:

—¿Por qué te obstinas todavía después de tan violentas torturas? Tu madre vive, ¿y te negarás á vivir por ella? Decididamente eres un insensato.

—La muerte, contestó Lorenzo, es la mayor de todas las miserias de este mundo. El deseo de vivir y el temor de morir son dos sentimientos innatos en el co-

razón de Dios, ¡e sufrir to

El ma volviere juez sup

Delat pregunt puestas, cada go sarcasm tianos.

—¿Cu cía el m conoces doctrina y la cor

—Dic donde h subir á fierno. está ex bre cria que mis renegar

—¿O —Sí, Dios.

Furid dó le di drones, por med Es un in cruelme víctimas prende los desc horrible sión, sin Algunos ante el trument dicar co

—Es me la v na y cri después los hom reyes y jo de D gar á to sentes. Jesús y millones los plac precipit millones mundo. estanqu timiento obras. Subli

razón de todos los hombres. En cuanto á renegar de Dios, ¡eso nunca! ¡Nunca lo haré aunque tuviese que sufrir todos los tormentos y la muerte misma!

El mandarín mandó que le azotasen con fuerza y le volviesen á la prisión, desde donde fué enviado á un juez superior.

Delante del nuevo tribunal, á las mismas ridículas preguntas opuso Lorenzo las mismas irrefutables respuestas, y á los tormentos una paciencia inalterable. A cada golpe reiterábanse las acusaciones con odiosos sarcasmos contra la Religión y el Dios de los cristianos.

—¿Cuál es, pues, este Dios de quien hablas? le decía el mandarín: ¿dónde está? ¿qué hace? ¿Cómo le conoces tú, cuando nuestros sabios lo ignoran? Si esta doctrina fuese verdadera, ¿no la seguirían acaso el rey y la corte?

—Dios, contestaba Lorenzo, está en el cielo, desde donde hace conocer sus órdenes. Si lo merecéis, os hará subir á su lado; y si le resistís, os precipitará al infierno. Es más fuerte que cuanto cabe imaginar. Nadie está excluido de sus beneficios; y puesto que una pobre criatura como yo los ha recibido en mayor número que mis superiores, aunque me cueste la vida nunca renegaré de El.

—¿Obras así por temor del infierno?

—Sí, y suceda lo que quiera, no puedo renegar de Dios.

Furioso el juez con tan categóricas respuestas, mandó le diesen quince golpes con el palo llamado de ladrones, que es de encina, y tiene cuatro pies de largo, por medio de ancho y algunos centímetros de grueso. Es un instrumento terrible en manos de los verdugos, cruelmente hábiles en prolongar los sufrimientos de sus víctimas. A los pocos golpes la carne magullada se desprende y cae á pedazos, y óyese el choque del palo en los descarnados huesos. Lorenzo, quebrantado con tan horrible tortura, fué trasladado casi sin vida á la prisión, sin que cediese en lo más mínimo su constancia. Algunos días después hiciéronle comparecer de nuevo ante el mandarín. El mártir, sentado frente de los instrumentos del suplicio que iba á sufrir, empezó á predicar con extraordinario ardor á jueces y verdugos.

—Escuchadme, les dijo. Hoy mismo queréis quitarme la vida, y tratáis á mi Religión de superstición vana y criminal, y así no puedo callar. Al fin del mundo, después del aniquilamiento de todos los reinos, todos los hombres de todas las edades, grandes y pequeños, reyes y pueblos, comparecerán ante el tribunal del Hijo de Dios, bajado del cielo sobre las nubes, para juzgar á todos los hombres de los tiempos pasados y presentes. Los buenos serán llevados al cielo con el Señor Jesús y sus Santos, para gozar allí de una dicha diez millones de veces mayor que todas las glorias y todos los placeres del mundo. En cuanto á los malos, serán precipitados al infierno, donde sufrirán suplicios diez millones de veces más fuertes que los dolores de este mundo. El fuego, que les rodeará como el agua de un estanque, nunca se consumirá. Entonces todo arrepentimiento será superfluo; cada cual recibirá según sus obras.

Sublime respuesta, en verdad, la que daba á sus ver-

dugos este pobre cristiano, poco instruido, y que sólo algunas veces había recibido los Santos Sacramentos. Sus perseguidores se creían equivocadamente dueños de su alma porque se habían apoderado de su cuerpo. Humillados por las réplicas de este hombre sin defensa contra sus crueldades, le dieron veinte golpes.

—Puesto que queréis quitarme la vida, les decía entonces el mártir, pegadme en el cuello y matadme en seguida.

—No, replicó el mandarín: morirás, pero lentamente.

Y continuó el suplicio.

Hacia por aquella época estragos en la provincia el hambre ocasionada por una prolongada sequía, y el pueblo se quejaba atribuyendo la causa de sus males á las medidas crueles que el Gobierno usaba con los cristianos. El mandarín, en el interrogatorio siguiente, quiso disculparse acusando á las víctimas.

—A causa de vosotros, malvados, increpó á Lorenzo, nos agobian tantos males y va á perecer el pueblo. Rompe las piernas á este pícaro, dijo entonces volviéndose hacia el verdugo: ¡azótale con violencia y que no salga vivo de aquí!

Golpearon á Lorenzo hasta que estuvo á punto de expirar, y otra vez le volvieron á la prisión.

El gobernador había dado orden de que sólo se diesen catorce golpes á los cristianos, y que entonces, caso de no rendirse, se les condenara á muerte. Leyeron este edicto á Lorenzo, y viendo que no cedía su valor, el mandarín le preguntó si no quería ver á su madre.

—Mi deseo de verla, contestó Lorenzo, es inexplicable; pero no puedo apostatar. Haced, pues, lo que os plazca: nada más tengo que añadir.

—Pero los otros cristianos han apostatado.

—Ignoro lo que los otros han hecho. No me toca á mí escudriñar sus acciones, y no tengo que responder sino de mí mismo.

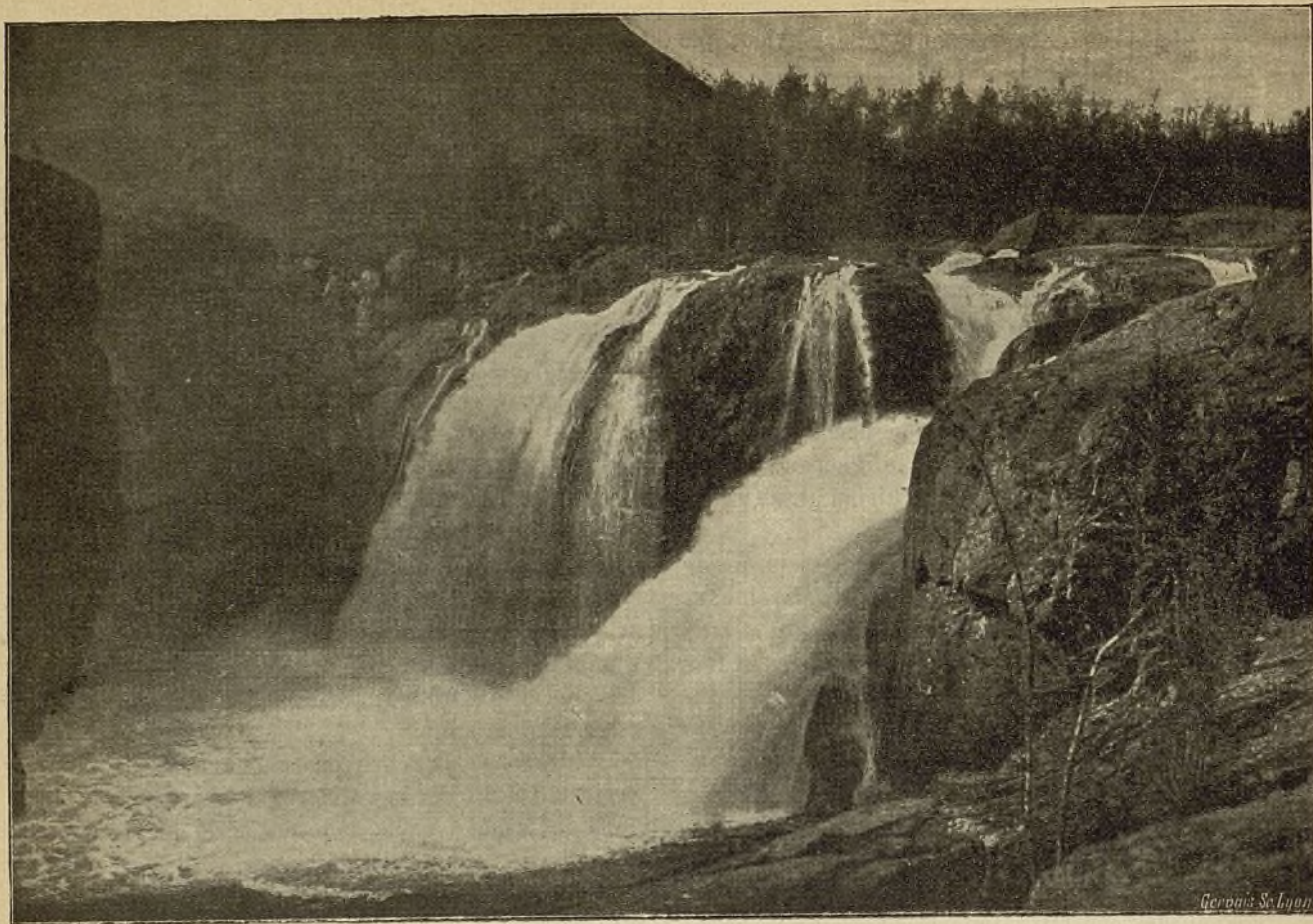
El mandarín ordenó que le apaleasen nuevamente, y durante algunos meses cada ocho ó diez días le volvían al pretorio para atormentarle. Los satélites cumplían su palabra. Lorenzo debía morir, pero lentamente, y después de haber agotado todos los recursos de su genio diabólico. El Espíritu Santo parecía sostener visiblemente á este buen cristiano.

En el interrogatorio décimosexto el mandarín resolvió acabar de una vez. Mandó le diesen cincuenta palos, y para acelerar su muerte, que echasen agua fría en el cuerpo mientras que le apaleaban, lo que según dicen es un refinamiento de tortura insoportable. El cuerpo del mártir no era más que una llaga.

Desde su encarcelamiento Lorenzo había recibido más de mil cuatrocientos palos, y hacía ocho días que no le daban nada, ni siquiera una gota de agua. Después de este tormento que horroriza, el carcelero le creyó muerto, y habiéndolo llevado como un cadáver á la prisión, le quitó los vestidos. Echóle luego agua en la espalda, y como permaneciese insensible, lo arrojó fuera.

Lorenzo, sin embargo, no estaba muerto. Los cristianos pudieron llegar hasta él, y le hicieron tomar algún alimento.

El día siguiente, nuevo interrogatorio y nuevo apa-



NORUEGA.—La cascada Rjukandefos en Hallingdal. (Pág. 425)

leamiento. El juez, los verdugos y los espectadores estaban estupefactos viéndole aún con vida. Cayó desvanecido, y volviéronle á la prisión. Pocas horas después once cristianos encerrados con él advirtieron que se levantaba por sí mismo y se desembarazaba de la canga. El carcelero, viéndole sin ella, increpó á los cristianos, creyendo que le habían ayudado á quitársela. Lorenzo le dijo:

—No moriré de hambre ni á la violencia de los golpes, sino estrangulado.

Al saber el juez que Lorenzo vivía aún, mandó apalearlo al carcelero, y le amenazó con hacerle dar muerte para castigarle por su pretendida negligencia. Furioso éste por el castigo, volvió con su hijo á la prisión, y ambos apalearon á Lorenzo hasta que le dieron por muerto.

Postrado por la fatiga, el carcelero se durmió. Entonces los cristianos se acercaron al mártir, y grande fué su asombro cuando éste empezó á hablar tranquilamente con ellos. Todas sus llagas estaban curadas, y ni siquiera se veían sus cicatrices. En esto despertóse el carcelero, le cogió, y para acabar de una vez le estranguló con una cuerda de paja, según la predicción de Lorenzo. Eran las once de la mañana del 29 de la segunda luna de 1799.

Así murió este glorioso mártir, cuyo valor y paciencia tuvieron en jaque durante dieciocho meses la rabia de sus verdugos. Durante este largo martirio casi todos sus días fueron señalados por tormentos. Contaba treinta años, y parece increíble que un cuerpo humano

pueda resistir tan largo tiempo á tan crueles suplicios. Dios quiso con este ejemplo consolar á su Iglesia, y alentar á aquellos cuyo valor flaqueaba.

Por el mismo tiempo estaba también preso en otro distrito Jaime Uen, sin que desmintiese un instante su firmeza. El juez le prometió la vida si quería apostatar, pero sólo obtuvo esta respuesta:

—Hace nueve años que deseo morir como mártir.

Durante un mes le hicieron sufrir casi todos los días suplicios horribles; mas inútilmente, y su paciencia acabó por cansar la rabia de los mandarines. Expiró á los golpes de los verdugos sólo quince días después que Lorenzo Pack.

Pedro Tsang y Francisco Pang alcanzaron á su vez en otro pretorio la palma del martirio, á los pocos días del triunfo de sus dos gloriosos amigos.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

X

Cismas en la Iglesia protestante noruega.—Bruscas transiciones de temperatura.—De fjord en fjord

No faltan en Noruega protestantes que á su vez han sacudido el yugo de la Iglesia del Estado. Por más que el Gobierno se empeñe en decir que su religión es la buena, gran parte de la población es sobrado inteligente para no advertir la incoherencia de la

misma, y la contradicción evidente de su doctrina con la Biblia; á esas almas sedientas de verdad no les satisface el Luteranismo. Entre ellas las que tienen ocasión de conocer el Catolicismo, y no se arredran ante las consecuencias que pueda acarrearles el manifestar sus convicciones, no tardan en volver á la Iglesia católica. Aquellos, por el contrario, con quienes no podemos ponernos en relación, bogan sin brújula en las aguas de la duda, que la Biblia sola no puede disipar, y naufragan en los pantanos de las innumerables sectas que ha producido la herejía. Unos se hacen metodistas, baptistas, irvingianos ó adventistas; mientras otros abrazan las extravagancias del ejército de salud, de los unitaristas, ó de esos infelices læstadianos, que copian en Laponia las locuras y los bailes diabólicos de los derviches: no faltan quienes se hacen mormones, y algunos, en fin, profesan el librepensamiento, hijo legítimo del libre examen, predicado por el Protestantismo.

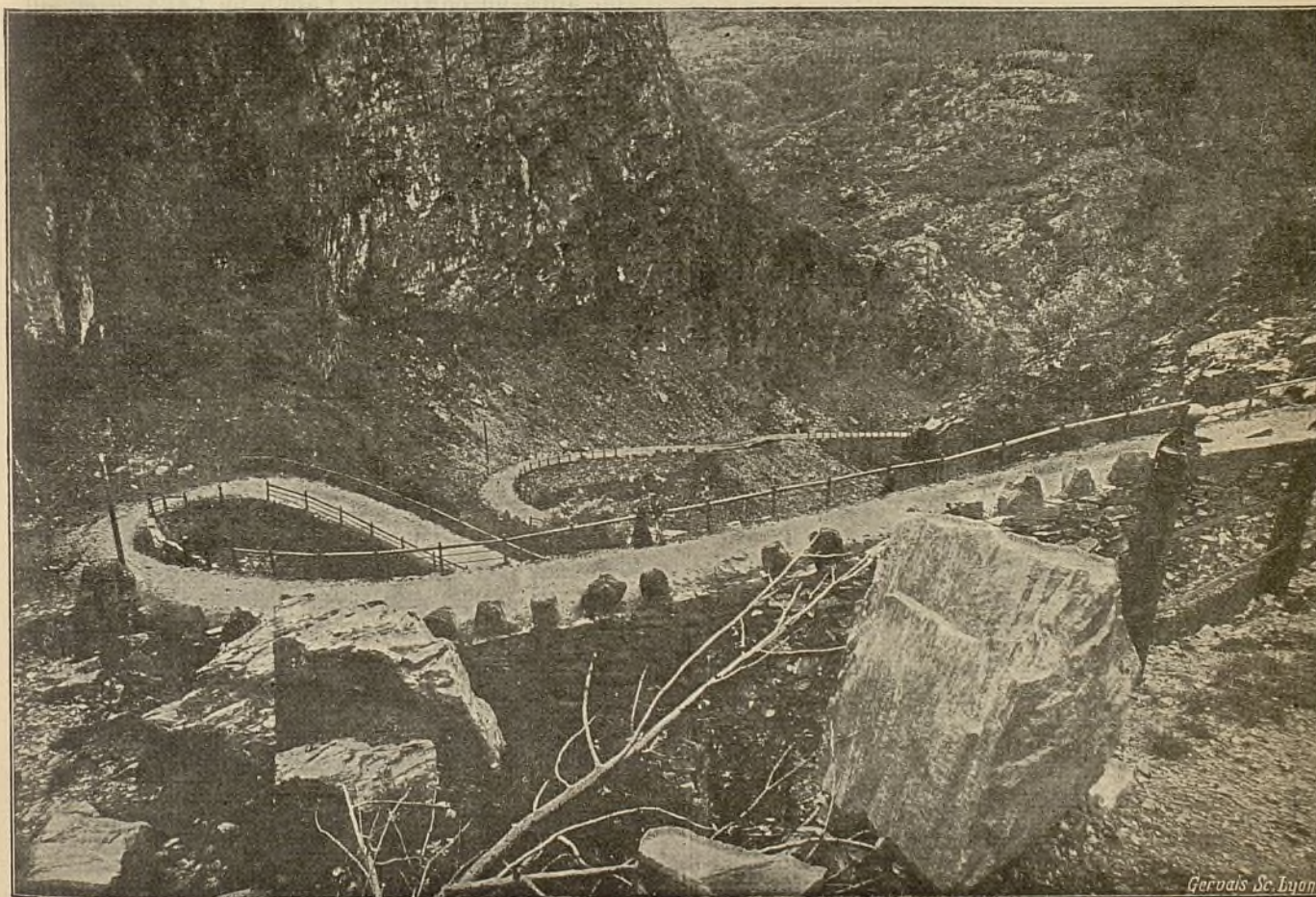
En el Hallingdal los habitantes continúan siendo luteranos, y ni siquiera sospechan que haya otra religión, y menos la católica. Nos convencimos de esto en Aal, no lejos de Gol, cuando fuimos á ver una de esas antiguas *starkirker* de que ya he hablado. Cuando quisimos hacer comprender á aquellas buenas gentes que dicha iglesia había sido construída por sus padres católicos, y que nosotros éramos sacerdotes de la Iglesia católica, quedáronse atónitos al saber que todavía hay católicos en el mundo, y nos interrogaron sobre esa interesante

reliquia de los tiempos antiguos que llamamos Iglesia católica. La existencia de nuestra Misión en Noruega les dejó estupefactos.

Al llegar á Kleven, modesta posada en pleno desierto, á unos doce kilómetros de Gol, mientras nos arreglaban la comida dimos un paseo para admirar cuatro cascadas, que parecen salir de los flancos del Veslehorn.

En el descanso siguiente saludamos de paso la «cascada humeante» del Hemsil, llamada Rjukandefos (*V. el grabado de la pág. 424*), y nos despedimos de todo cultivo. Sólo á largas distancias encontrábamos algún *chalet*, donde nos regalábamos con un excelente vaso de leche ofrecido por la *sæterspige*. Cruzamos el valle, salvaje y desierto, que no desmiente su nombre de Morke-dal (valle sombrío), para entrar en seguida en un desfiladero imponente que no olvidaré en toda mi vida.

Hasta entonces el calor había sido sofocante, y de pronto, á la entrada de la hoz, la temperatura descendió á cinco grados bajo cero, continuando así hasta más allá del Hallingdal. Al cabo de pocos minutos dábamos diente con diente, y cuando por la noche llegamos á Bjoberg, última parada del Hallingdal, á tres mil cuarenta dos pies sobre el nivel del mar, me acometió la calentura. Las buenas gentes de la posada me aconsejaron hiciese una corta excursión á pie para restablecer la circulación regular de la sangre. Así lo hice, y á media noche, con un dorado crepúsculo, visitamos la cima de una montaña todavía nevada, y al pie de la cual una cascada magní-



NORUEGA.—Vindhelle. (Pág. 426)

fiaca cantaba su himno solemne en el silencio de aquella naturaleza sin vida. Trabajo inútil, pues el día siguiente me levanté aún más enfermo; pero era preciso continuar el viaje, porque en Bergen se había anunciado ya la Confirmación para el próximo domingo.

Después de una etapa por entre descarnadas rocas, llegamos, pasando por el escarpado Kjolberg y el lago Eldrevand, á una altura de tres mil cuatrocientos sesenta y cinco pies. Desde allí el camino baja casi á pico, y lanzados nuestros caballitos á una carrera capaz de hacer erizar los cabellos, apenas tuvimos tiempo de ver las cascadas que á cada vuelta del camino se precipitan en el espantoso abismo á nuestra izquierda. Llegamos, por fin, al valle del Lærdalselv, donde nuestro camino se confunde con el que viene de Cristianía por el valle del Valdres, mucho más grandioso aún que el Hallingdal.

Siguiendo este valle llegamos en breve á la iglesia de Borgun, una de las más bellas *stavkirker* de Noruega, conservada como monumento nacional. Oramos algún rato en ella, y continuamos nuestro viaje, deseosos de contemplar uno de los desfiladeros más curiosos del país. Hasta entonces nuestro camino conducía á un antiguo lago. Las aguas de éste poco á poco se han abierto paso á través de Vindhelle (*V. el grabado de la página 425*), barrera enorme formada por peñascos, y han abierto el desfiladero por donde pasa el camino desde el año 1872. En la hoz muge la imponente cascada conocida con el nombre de Svartegelfos.

Algo más lejos entramos en otra grandiosa garganta, donde el camino pasa debajo de rocas perpendiculares al cauce del Lærdalselv, continuando luego entre muros de peñascos, desde lo alto de los cuales, á trechos lanzanse torrentes en el vacío, que se estrellan contra las peñas salientes y se dividen en multitud de cascadas pequeñas, reuniendo de nuevo sus aguas agitadas, para arrojarlas finalmente de un solo salto y con grande estrépito en el Lærdalselv.

Durante el día habíamos adelantado sesenta y cinco kilómetros, y por fin vimos brillar el Sognfjord, y al llegar á sus extremos entramos en la pequeña ciudad de Lærdalsøeren. Un sofocante calor reemplazó al frío, pero mi calentura rivalizaba con los ardores del sol. El médico que me visitó en la posada declaró que me hallaba gravemente enfermo de cólera nostras, que me obligaría á interrumpir el viaje. Esto era imposible, pues no sólo me aguardaban en Bergen para la Confirmación, sino que además había convocado allí á todos nuestros misioneros del Oeste de Noruega para predicarles un retiro.

Adelante, pues, de un modo ú otro, hacia el Sognfjord. Es el mayor de los fjords de Noruega. Tiene ciento ochenta kilómetros de largo; su anchura no llega á seis kilómetros por término medio; pero su profundidad es en muchos puntos de mil doscientos metros, sobre todo en el interior. Como los otros fjords, es asaz prosaico en su entrada; pero cuanto más se adelanta más despliega sus esplendores. Al pronto no ofrece á derecha é izquierda sino bahías pequeñas; pero siguen luego importantes ramificaciones, desfiladeros de granito que tienen muros de mil quinientos metros de altura, y por los cuales se precipitan las cascadas. En los extremos de estos desfiladeros hay ventisqueros procedentes

de las mesetas. En otros sitios, las montañas y las tierras cultivadas forman magnífico conjunto. La parte que lleva el nombre de Aurlandsfjord, excede en belleza á todos los sueños de la imaginación. Es una enorme quebrada de unos mil quinientos metros de anchura, y cuyos muros causan vértigos. Por encima de ellos se precipitan cascadas, que caen en el vacío ó forman cintas lucientes sobre la obscura roca, reflejándose en el espejo del fjord. El ruido monótono de estas cascadas interrumpe el silencio de aquella naturaleza majestuosa.

El Aurlandsfjord multiplica aun sus salvajes esplendores en el Nærøfjord (*V. el grabado, pág. 428*), que no tiene rival sino en el Sørøfjord de Hardanger. A su entrada la anchura es de ochocientos metros; pero más adelante, cerca de Gudvangen (*V. el grabado, página 417*), se angosta extraordinariamente entre peñascos perpendiculares. Sucédense innumerables cascadas, unas semejando un velo flotante en los aires, y otras precipitándose en las profundidades con ensordecedor ruido.

Mas debo renunciar á describir estas ásperas bellezas, que se repiten á cada instante. Años hace que las veo y las admiro, y sin embargo, á cada nuevo paso que doy paréceme que nada he visto aún de Noruega, y en el arrobamiento que me producen esos esplendores renovándose sin cesar, todo intento de describirlos lo creería una profanación de esas obras maestras de la creación.

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEON XIII SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

(Continuación)

RUFINO alaba á San Gregorio Nacianceno y á San Basilio porque «se entregaban únicamente al estudio de los libros de la Escritura Santa, sin tener la presunción de pedir su interpretación á sus propios pensamientos, sino que la buscaban en los escritos y en la autoridad de los antiguos, que á su vez, según era evidente, recibieron de la sucesión apostólica la regla de su interpretación. (*Histor. eccles. lib. II, cap. ix.*)»

Es, pues, incontestable, después de lo que acabamos de decir, que Jesucristo instituyó en la Iglesia un magisterio vivo, auténtico y además perpetuo, investido de su propia autoridad, revestido del espíritu de verdad, confirmado por milagros, y quiso, y muy severamente lo ordenó, que las enseñanzas doctrinales de ese magisterio fuesen recibidas como las suyas propias. Cuantas veces, por lo tanto, declare la palabra de ese magisterio que tal ó cual verdad forma parte del conjunto de la doctrina divinamente revelada, cada cual debe creer con certidumbre que eso es verdad; pues si en cierto modo pudiera ser falso, se seguiría de ello, lo cual es evidentemente absurdo, que Dios mismo sería el autor del error de los hombres. «Señor, si estamos en el error. Vos mismo nos habéis engañado. (*Richardus à S. Victore, De Trin. lib. I, cap. II*)» Alejado, pues, todo motivo de duda, ¿puede ser permitido á nadie rechazar

alguna de esas verdades, sin precipitarse abiertamente en la herejía, sin separarse de la Iglesia y sin repudiar en conjunto toda la doctrina cristiana?

Pues tal es la naturaleza de la fe, que nada es más imposible que creer esto y dejar de creer aquello. La Iglesia profesa efectivamente que la fe es «una virtud sobrenatural por la que, bajo la inspiración y con el auxilio de la gracia de Dios, creemos que lo que nos ha sido revelado por El es verdadero; y lo creemos, no á causa de la verdad intrínseca de las cosas, vista con la luz natural de nuestra razón, sino á causa de la autoridad de Dios mismo, que nos revela esas verdades, y que no puede engañarse ni engañarnos. (*Conc. Vatic. sess. III, cap. III*)»

«Si hay, pues, un punto que haya sido revelado evidentemente por Dios y nos negamos á creerlo, no creemos en nada de la fe divina.» Pues el juicio que emite Santiago respecto de las faltas en el orden moral, hay que aplicarlo á los errores de entendimiento en el orden de la fe. «Quien se hace culpado en un solo punto se hace transgresor de todos. (*Conc. Vatic. sess. III, cap. x*).» Esto es aún más verdadero en los errores del entendimiento. No es, en efecto, en el sentido más propio, como pueda llamarse transgresor de toda la ley á quien haya cometido una sola falta moral, pues si puede aparecer despreciando á la majestad de Dios, autor de toda la ley, ese desprecio no aparece sino por una suerte de interpretación de la voluntad del pecador. Al contrario, quien en un solo punto rehusa su asentimiento á las verdades divinamente reveladas, realmente abdica de toda la fe, pues rehusa someterse á Dios en cuanto á que es la soberana verdad y el motivo propio de la fe. «En muchos puntos están conmigo, en otros solamente no están conmigo; pero á causa de esos puntos en los que no están conmigo, se separan de Mí y de nada les sirve estar conmigo en todo lo demás. (S. August. in *Psalm. LIV, n. 19*).»

Nada es más justo; porque aquellos que no toman de la doctrina cristiana sino lo que quieren, se apoyan en su propio juicio y no en la fe, y al rehusar «reducir á servidumbre toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo (*II Cor. x, 5*),» obedecen en realidad á sí mismos antes que á Dios. «Vosotros que en el Evangelio creéis lo que os agrada y os negáis á creer lo que os desagrada, creéis en vosotros mismos mucho más que en el Evangelio. (S. August. lib. XXII, *Contra Faustum Manicheum, cap. III*).»

Los Padres del Concilio Vaticano nada dictaron de nuevo, pues sólo se conformaron con la institución divina y con la antigua y constante doctrina de la Iglesia y con la naturaleza misma de la fe, cuando formularon este decreto: «Se deben creer como de fe divina y católica todas las verdades que están contenidas en la palabra de Dios escrita ó transmitida por la tradición, y que la Iglesia, bien por un juicio solemne ó por su magisterio ordinario y universal propone como divinamente reveladas. (*Sess. III, cap. III*).»

Para concluir, siendo evidente que Dios quiere de una manera absoluta en su Iglesia la unidad de la fe, y estando demostrado de qué naturaleza ha querido que fuese esa unidad, y por qué principio ha decretado asegurar su conservación, séanos permitido dirigirnos á

todos aquellos que no han resuelto cerrar los oídos á la verdad y decirles con San Agustín: «Pues que vemos en ellos un gran socorro de Dios y tanto provecho y utilidad, ¿dudaremos en acogernos en el seno de esta Iglesia que, según la confesión del género humano, tiene en la Sede Apostólica y ha guardado por la sucesión de sus Obispos la autoridad suprema, á despecho de los clamores de los heréticos que la asedian y han sido condenados, ya por el juicio del pueblo, ó por las solemnes decisiones de los Concilios, ó por la majestad de los milagros?»

No querer darle el primer lugar es seguramente producto de una soberana impiedad ó de una arrogancia desesperada. Y si toda ciencia, aun la más humilde y fácil, exige, para ser adquirida, el auxilio de un doctor ó de un maestro, ¿puede imaginar un orgullo más temerario, tratándose de libros de los divinos misterios, negarse á recibirlo de boca de sus intérpretes y sin conocerlos querer condenarlos? (*De utilitate credendi, cap. XVII, n. 35*).»

Es, pues, sin duda deber de la Iglesia conservar y propagar la doctrina cristiana en toda su integridad y pureza. Pero su papel no se limita á eso, y el fin mismo para el que la Iglesia fué instituída no se agotó con esta primera obligación. En efecto, por la salud del género humano se sacrificó Jesucristo, y á este fin refirió todas sus enseñanzas y todos sus preceptos, y lo que ordenó á la Iglesia que buscara en la verdad de la doctrina fué la santificación y la salvación de los hombres. Pero este designio tan grande y tan excelente, la fe, por sí sola, no puede realizarlo; es preciso añadir á ella el culto dado á Dios en espíritu de justicia y de piedad, y que comprende, sobre todo, el sacrificio divino y la participación de los Sacramentos, y por añadidura la santidad de las leyes morales y de la disciplina.

Todo esto debe encontrarse en la Iglesia, pues está encargada de continuar hasta el fin de los siglos las funciones del Salvador; la religión que por la voluntad de Dios, en cierto modo, *toma cuerpo* en ella, es la Iglesia sola quien la ofrece en toda su plenitud y perfección; é igualmente todos los medios de salvación que en el plan ordinario de la Providencia son necesarios á los hombres, sólo ella es quien los procura.

Pero así como la doctrina celestial no ha estado nunca abandonada al capricho ó al juicio individual de los hombres, sino que ha sido primeramente enseñada por Jesús, después confiada exclusivamente al magisterio de que hemos hablado, tampoco al primero que llega entre el pueblo cristiano, sino á ciertos hombres escogidos ha sido dada por Dios la facultad de cumplir y de administrar los divinos misterios y el poder de mandar y de gobernar.

Sólo á los Apóstoles y á sus legítimos Sucesores se refieren estas palabras de Jesucristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio... bautizad á los hombres... haced esto en memoria mía... A quien remitierais los pecados le serán remitidos.» Del mismo modo sólo á los Apóstoles y á sus legítimos Sucesores se les ordenó apacentar el rebaño, esto es, gobernar con autoridad al pueblo cristiano, que por este mandato quedó obligado á prestarles obediencia y sumisión. El con-

junto de todas estas funciones del ministerio apostólico está comprendido en estas palabras de San Pablo: «Que los hombres nos miren como á ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. (I Cor. iv, 1).»

De este modo Jesucristo llamó á todos los hombres sin excepción; á los que existían en su tiempo y á los que debían existir en adelante, para que le siguiesen como á Jefe y Salvador, y no aislada é individualmente, sino todos en conjunto, unidos en una asociación de personas y de corazones, para que de esta multitud resultase un solo pueblo, legítimamente constituido en sociedad; un pueblo verdaderamente *uno* por la comunidad de fe, de fin y de medios apropiados á éste; un pueblo sometido á un solo y mismo poder.

De hecho, todos los principios naturales que entre

rechos de los soberanos. Todo lo contrario; Dios ha hecho de la Iglesia la más excelente de todas las sociedades, pues el fin á que se dirige sobrepuja en nobleza al fin de las demás sociedades, tanto como la gracia divina sobrepuja á la naturaleza, y los bienes inmortales son superiores á las cosas perecederas.

Por su origen es, pues, la Iglesia una sociedad *divina*; por su fin y por los medios inmediatos que la conducen es *sobrenatural*; por los miembros de que se compone, y que son hombres, es una sociedad *humana*. Por esto la vemos designada en las Sagradas Escrituras con los nombres que convienen á una sociedad perfecta. Llámase, no solamente la *Casa de Dios*, la *Ciudad colocada sobre la montaña* y donde todas las naciones deben reunirse, sino también *Rebaño* que debe



NORUEGA.—Parte del Nærøfjord. (Pág. 426)

los hombres crean espontáneamente la sociedad destinada á proporcionarles la perfección de que su naturaleza es capaz, fueron establecidos por Jesucristo en la Iglesia, de modo que, en su seno, todos los que quieran ser hijos adoptivos de Dios puedan llegar á la perfección conveniente á su dignidad, y conservarla y así lograr su salvación. La Iglesia, pues, como ya hemos indicado, debe servir á los hombres de guía en el camino del cielo, y Dios ha dado la misión de juzgar y de decidir por sí misma de todo lo que atañe á la Religión, y de administrar, según su voluntad, libremente y sin cortapisas de ningún género, los intereses cristianos.

Es, por lo tanto, no conocerla bien ó calumniarla injustamente el acusarla de querer invadir el dominio propio de la sociedad civil, ó de poner trabas á los de-

governar un solo pastor, y en el que deben refugiarse todas las ovejas de Cristo; también es llamada *Reino suscitado por Dios* y que durará eternamente; en fin, *Cuerpo de Cristo*, cuerpo místico, sin duda, pero vivo siempre, perfectamente formado y compuesto de gran número de miembros, cuya función es diferente, pero ligados entre sí y unidos bajo el imperio de la cabeza que todo lo dirige.

Y pues es imposible imaginar una sociedad humana verdadera y perfecta que no esté gobernada por un poder soberano cualquiera, Jesucristo debe haber puesto á la cabeza de la Iglesia un jefe supremo, á quien toda la multitud de los cristianos fuese sometida y obediente. Por esto también, del mismo modo que la Iglesia, para ser una en su calidad de *reunión de los fieles*, re-

quiere necesariamente la unidad de la fe, también para ser una en cuanto á su condición de sociedad divinamente constituida, ha de tener de derecho divino *la unidad de gobierno*, que produce y comprende *la unidad de comunión*. «La unidad de la Iglesia debe ser considerada bajo dos aspectos: primero, el de la conexión mutua de los miembros de la Iglesia ó la comunicación que entre ellos existe, y en segundo lugar, el del orden que liga á todos los miembros de la Iglesia á un solo jefe. (S. Thom. 2.^a 2.^{ae}, q. XXXIX, a. 1).»

Por lo que se puede comprender que los hombres no se separan menos de la unidad de la Iglesia por el *cisma* que por la herejía. «Se señala como diferencia entre la herejía y el cisma, que la herejía profesa un dogma corrompido, y el cisma, á consecuencia de una disensión entre el episcopado, se separa de la Iglesia. (S. Hieron. *Commentar. in Epist. ad Titum*, cap. III, v. 10, 11).»

Estas palabras concuerdan con las de San Juan Crisóstomo sobre el mismo asunto: «Digo y protesto que dividir á la Iglesia no es menor mal que caer en la herejía. (*Hom. XI, in Epist. ad Ephes.* n. 5).» Por esto si ninguna herejía puede ser legítima, tampoco hay cisma que pueda mirarse como promovido por buen derecho. «Nada es más grave que el sacrilegio del cisma: no hay necesidad legítima de romper la unidad. (S. August. *Contra Epist. Parmeniani*, lib. II, cap. IX, n. 25).»

¿Y cuál es el poder soberano á que todos los cristianos deben obedecer, y cuál es su naturaleza? Sólo puede determinarse comprobando y conociendo bien la voluntad de Cristo acerca de este punto. Seguramente Cristo es el Rey eterno, y eternamente, desde lo alto del cielo, continúa dirigiendo y protegiendo invisiblemente su reino; pero como ha querido que este reino fuera visible, ha debido designar á alguien que ocupe su lugar en la tierra después que El mismo subió á los cielos. «Si alguno dice que el único jefe y el único pastor es Jesucristo, que es el único esposo de la Iglesia única, esta respuesta no es suficiente. Es cierto, en efecto, que el mismo Jesucristo obra los Sacramentos en la Iglesia. El es quien bautiza, quien remite los pecados; es el verdadero Sacerdote que se ofrece sobre el altar de la cruz, y por su virtud se consagra todos los días su Cuerpo; sobre el altar y, no obstante, como no debía permanecer con todos los fieles por su presencia corpórea, escogió ministros por cuyo medio pudiera dispensarse á los fieles los Sacramentos de que acabamos de hablar, como lo hemos dicho más arriba. (cap. LXXIV). Del mismo modo porque debía sustraer á la Iglesia su presencia corporal, ha sido preciso que designe á alguien para que en su lugar cuidase de la Iglesia universal. Por eso dijo á Pedro antes de su ascensión: «Apacienta mis ovejas. (S. Thom. *Contra Gentiles*, lib. IV, cap. LXXVI).»

Jesucristo, pues, dió á Pedro á la Iglesia por Jefe soberano, y estableció que este poder, instituido hasta el fin de los siglos para la salvación de todos, pasase por herencia á los Sucesores de Pedro, en los que el mismo Pedro se sobreviviría perpetuamente por su autoridad. Seguramente al bienaventurado Pedro, y fuera de él á ningún otro se hizo esta insigne promesa:

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (*Matth.* XVI, 18).» «Es á Pedro á quien el Señor habló; á uno solo, á fin de fundar la unidad por uno solo. (Pacianus, *Ad Sempronium*, Epist. III, n. 11).»

«En efecto, sin ningún otro preámbulo, designa por su nombre al padre del Apóstol y al Apóstol mismo. (Tú eres bienaventurado, Simón, hijo de Jonás), y no permitiendo ya que se le llame Simón, reivindica para él en adelante como suyo en virtud de su poder, y quiere por una imagen muy apropiada que así se llame el nombre de Pedro, porque es la piedra sobre la que debía fundar su Iglesia. (S. Cyril. Alex. *in Evang. Joan.* lib. II, in cap. 1, v. 42).»

Según este oráculo, es evidente que por voluntad y orden de Dios la Iglesia está establecida sobre el bienaventurado Pedro, como el edificio sobre los cimientos. Y pues la naturaleza y la virtud propia de los cimientos es dar cohesión al edificio por la anexión íntima de sus diferentes partes, y servir de vínculo necesario para la seguridad y solidez de toda la obra, si el cimiento desaparece, todo el edificio se derrumba. El papel de Pedro es, pues, el de soportar á la Iglesia y mantener en ella la conexión y la solidez de una cohesión indisoluble. Pero ¿cómo podría desempeñar ese papel si no tuviera el poder de mandar, defender y juzgar; en una palabra, un poder de jurisdicción propio y verdadero? Es evidente que los Estados y las sociedades no pueden subsistir sin un poder de jurisdicción. Una primacía de honor, ó el poder tan modesto de aconsejar y de advertir, que se llama poder de dirección, son incapaces de prestar á ninguna sociedad humana un elemento eficaz de unidad y de solidez.

Por el contrario; el verdadero poder de que hablamos está declarado y afirmado con estas palabras: «Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

«¿Qué es decir contra ella? ¿Es contra la piedra sobre la que Jesucristo edificó su Iglesia? ¿Es contra la Iglesia? La frase resulta ambigua. ¿Será para significar que la piedra y la Iglesia no son sino una misma cosa? Sí; eso es, á lo que creo, la verdad; pues las puertas del infierno no prevalecerán, ni contra la piedra sobre la que Jesucristo fundó la Iglesia, ni contra la Iglesia misma. (Origen. *Com. in Matth.* t. XII, n. 11).» He aquí el alcance de esta divina palabra: La Iglesia, apoyada en Pedro, cualquiera que sea la habilidad que desplieguen sus enemigos, no podrá sucumbir jamás, ni desfallecer en lo más mínimo.

(Se continuará).

OH CRUX, AVE, SPES UNICA!

LA cruz es el compendio de todo el Cristianismo. Es la prenda más tierna del amor de Jesús á nosotros, el altar en que la Víctima adorable de nuestra salvación consumió su sacrificio; una cátedra desde cuya eminencia la misma verdad nos hace conocer el precio de nuestras almas; un libro en que se medita la misericordia y la justicia de Dios, la enormidad y castigo del pecado, la necesidad del sacrificio y de la penitencia. Es la sabiduría del Altísimo y la del hombre. «Predicamos á Jesucristo crucificado, decía el Apóstol, lo que es

un escándalo para los judíos, una locura para los gentiles; pero para nosotros es la ciencia y la fuerza de Dios.» El Salvador triunfó, por la cruz, de la muerte y del infierno; por ella también triunfamos nosotros de nuestros enemigos.

Nada es, pues, más precioso y saludable que la cruz. Siempre la rodeó la Iglesia de respeto y veneración. Házela entrar en todas sus ceremonias religiosas. No da ninguna bendición, no hace ningún cristiano, no consagra ningún ministro, no edifica ningún templo, no levanta ningún monumento, no administra ningún sacramento ni comienza ningún oficio sin la señal de la cruz. La cruz es la bandera real de nuestra Religión, el símbolo de nuestra creencia, la señal de los discípulos de Cristo. La cruz es el libro de los elegidos y el árbol de la vida; San Pablo lo estudió exclusivamente, porque hallaba en él todas las verdades que le importaba saber. San Bernardo sacó de él su ardiente amor y su piedad tan fervientes. Santo Tomás le debe sus admirables conocimientos, y San Francisco sus transportes seráficos. El glorioso Obispo de Ginebra exclamaba con efusión de su alma: «Interésanos estar con la cruz; ante ella me detengo; ante ella velaré, leeré, meditaré, teniendo constantemente este libro divino á la vista, para estudiar la ciencia de la salvación.» La cruz santifica á los justos; convierte á los pecadores; alegra á los Santos; consuela á los penitentes; hace temblar á los demonios; abre el cielo y cierra el infierno. ¿Quién sería capaz de contar los prodigios obrados por esta señal? ¿Cuántos enfermos curados, cuántos muertos resucitados, cuántas conversiones obradas, cuántos favores alcanzados, cuántas victorias conseguidas por su poderosa virtud!

Siendo todavía catecúmeno el emperador Constantino, iba al frente de su ejército para combatir á Majencio, que se había rebelado contra él. De repente descubre en los aires una Cruz luminosa con esta inscripción: *In hoc signo vinces*: Vencerás con esta señal. (*V. el grabado de la pág. 372*). Aparécese en seguida Jesucristo, y le sugiere que tome por estandarte esta columna de fuego, que tenía la forma de la Cruz. El piadoso hijo de Santa Elena manda al punto hacer esta bandera, y lleno de confianza en la protección divina, da la batalla á su adversario, le derrota completamente, y entra triunfante en Roma.

También nosotros, sostenidos y fortalecidos por la cruz, podemos vencer á los enemigos de nuestra salvación. En medio de las persecuciones y peligros, cuando nos agobian el desaliento y las tribulaciones; cuando el demonio, el mundo y la carne se enfurecen para perdernos; si, finalmente, nos oprime y rodea por todas partes la desgracia, acordémonos de esta palabra del cielo: *In hoc signo vinces*; y sea nuestra divisa: *Oh cruz, ave, spes unica!*

CRÓNICA

Marruecos.—Extractamos del *Eco Mauritano* lo siguiente:

«En medio del caos en que se agita este país de las tinieblas y obscurantismo que lo rodean, cerrando el paso á la cultura, se experimenta la más viva y más grata de las satisfacciones, cuando en actos como los que presenciamos el miércoles y jueves en

la escuela de niños de la Misión católica, se ve surgir triunfante la luz del progreso sintetizada en la enseñanza.

«Hoy como ayer, y en estos exámenes como en los anteriores, hemos admirado y aplaudido, en la obra de la Misión católica, el rico caudal de inteligencia empleado en convertir á los niños de hoy en los hombres de mañana y colocar la instrucción á una altura verdaderamente envidiable y análoga á la de los principales centros docentes de primera enseñanza en Europa.

«En todas las asignaturas hemos visto el fruto de estos trabajos, y en todas el sello inequívoco del aprovechamiento y adelantos de los alumnos. En historia sagrada, francés, traducción, conjugación de verbos, doctrina, historia de España, urbanidad, aritmética, gramática razonada, escritura, dictado y clase de inglés el primer día, y en gramática, geometría, resolución de problemas de la misma, Religión, aritmética mercantil, ejercicios de lectura, escritura y traducción de la clase de árabe en el segundo.»

Muy cumplidos son también los elogios que dicho periódico hace de los exámenes de niñas, los cuales fueron brillantísimos y muy honrosos para las Terciarias Franciscanas que dirigen la escuela.

—El M. R. P. Cervera, prefecto de las Misiones católicas en Marruecos, ha sido recibido con grandes muestras de cariño y de respeto en todos los puertos de la costa.

En Saffi, especialmente, se le hizo un recibimiento cordialísimo.

Para celebrar su llegada hubo iluminación, banquetes y otros festejos, organizados por la Misión y el Sr. Mirabent, digno cónsul de España en aquella población.

El P. Cervera se mostró muy agradecido á todas esas deferencias, y cautivó á todo el mundo con su afabilidad y vastísima erudición.

Al banquete celebrado en su honor en casa del señor Cónsul asistió el gobernador Sid Hamza Ben Hima, el cual lo había recibido antes en la marina y enviado una lancha á bordo para conducirlo á tierra.

Egipto.—El Rdm. P. Fr. Gaudencio Bonfigli acaba de ser nombrado delegado y vicario apostólico en Egipto, cargo que tan loablemente vino desempeñando por espacio de ocho años el arzobispo titular de Pelusio, Rmo. P. Fr. Guido Corbelli, y que ahora se ha visto precisado á dejar á causa de la nueva dignidad con que el Sumo Pontífice le ha honrado, nombrándolo obispo de Cortona su patria. El P. Bonfigli, hijo preclaro de la Orden Franciscana, nació en Matelica el 6 de Marzo de 1831, y fué nombrado por León XIII obispo titular de Casio en 1881. Nueve años más tarde fué promovido á la sede arzobispal titular de Cabasa, y nombrado al mismo tiempo delegado apostólico de Siria para los orientales, y vicario apostólico de Alepo para los latinos.

Madagascar.—Escriben de Londres, con fecha 30 del próximo pasado Julio:

«Muchos periódicos de esta ciudad se ocupan hoy en la cuestión religiosa en Madagascar y declaran que, si por un momento pareció ofrecer dificultades, ahora se arreglará de manera que no causará sorpresa á los que conocen el carácter de los malgaches. La conversión de éstos al Protestantismo jamás ha sido sincera; fué una moda iniciada por la Reina, y los súbditos siguieron el ejemplo. Esto es tan cierto, que si los japoneses hubieran conquistado á Madagascar, los indígenas en el acto habrían adoptado la religión de aquéllos.

«Actualmente los que en realidad predominan son los católicos, y las conversiones al Catolicismo son muy numerosas. Los Jesuitas, que en gran número viven en Madagascar desde la conquista, hacen muchos prosélitos, y ha sido preciso enviarles más Religiosos, pues no podían dar abasto en sus trabajos.

«Hasta la fecha la Reina pertenece fiel al Protestantismo; pero nadie se sorprenderá de verla convertida al Catolicismo y tomar un marido francés.

«Los misioneros protestantes muéstranse despechados, porque sus temores se han realizado: no solamente están perdiendo su influencia en la isla, sino que los considerables subsidios que les daban ciertas Asociaciones religiosas anglicanas, les han sido retirados.»

Estados Unidos —De una carta fechada en Bostón el 21 de Marzo del presente año, copiamos el siguiente párrafo:

«Nuestra Orden ha tomado aquí, en los Estados Unidos, un incremento que sorprende. Al presente hay dos provincias y dos Custodias, teniendo todas juntas un total de 350 sacerdotes, 120 coristas, unos 60 novicios y más de 400 legos. Tenemos cinco colegios, un seminario y un asilo para huérfanos. Las monjas Franciscanas son más de 5,000, distribuidas en colegios, hospitales, asilos de huérfanos, casas de refugio para jóvenes y ancianos de ambos sexos; sin perjuicio de que salgan á visitar á los enfermos en sus propias casas.

«Por esto podrá ver S. P. el grandísimo bien que está haciendo nuestra Orden en este país.»

Las Mercedes (Filipinas).—El R. P. Juan Quintana, S. J., escribe al R. P. Juan Ricart, el 10 de Marzo de 1894:

«Mi amadísimo en Cristo Padre Superior: En el espacio de un mes hemos hecho dos expediciones importantes por este brazo occidental de Mindanao. La primera fué el nuevo pueblo de subanos llamado Erenas. La segunda expedición, que ha tenido lugar en esta semana, ha sido á Curúan, visita de Mercedes, que está en la contracosta oriental y opuesta á Erenas. Erenas y Curúan distan unas doce horas de Zamboanga.

«En esta segunda expedición, motivada por el cumplimiento pascual, en la Misión de Las Mercedes, se han podido apreciar más algunos pormenores muy importantes. El lunes fuimos á caballo para Manicahán, donde hubo tiempo y ocasión de ver los buenos materiales que el P. Garriga tiene reunidos para la futura iglesia; y salimos de allí para Bólong en un grande y hermoso lancán con muy buena mar. Permanecemos en Bólong hasta el día siguiente, miércoles; dirigimonos aquella misma mañana, en otra embarcación y acompañados del teniente de la visita, para Curúan. En Bólong el P. Garriga ha terminado, y muy bien, la iglesia y el convento. Para la iglesia y convento de Curúan, que están ya casi concluidos, escogió dicho Padre una colinita pintoresca y muy á propósito para el objeto. El miércoles por la noche hubo en Curúan confesiones y Rosario cantado, y el jueves se dijo la santa Misa, con varios cánticos sagrados. Estábamos, pues, en dicho jueves, en la contracosta de Malayal, ahora Erenas.

«Aquí, en Las Mercedes, han dicho y asegurado que desde Vitali, saliendo á pie y dejando á la derecha el monte de Taguite y asimismo la elevada colina de Lugmadálum, se llega en unas seis horas á Dabuy, donde algunos cristianos y varios moros sacan buenas cosechas de cacao; y desde allí también caminando y en seis horas, se llega á Sibuco, que está ya en la costa occidental; y este camino de Vitali á Sibuco es conocido y recorrido de cristianos y de moros. El mismo Enrique Guevara, con quien he hablado este día, confirma esto como práctico y buen conocedor de estas costas.

«Claro está, Padre mío, que con estos precedentes se descubre un punto importante de comunicación entre esta costa del seno de Sibuguey y la costa de Sibuco, Siócon, Peña-Plata ó Coronado, Sindangán, etc. Es verdad, que estos pueblos están muy distantes unos de otros, pero también lo es, que la comunicación directa de las dos costas disminuye la distancia en gran manera y abre paso á la formación de grandes, nuevas y florecientes cristiandades que con la gracia de Dios y con buenos misioneros, y en su defecto con buenos maestros, podrían resucitar las antiguas empresas apostólicas de nuestra Compañía, en puntos donde abundan verdaderamente los elementos de vida, principalmente en la costa occidental, como en Sibuco, y al Nordeste en Nongan y Cautit-cauit, en Piacan y Tapanay, en Pugus y Bitogan, y sobre todo en Sirauay, terreno pretendido de muchos por las buenas condiciones que reúne, en Sigcauan y en Siócon, en donde se ven aún ahora, muchos restos de los muros de la antigua iglesia de nuestros Padres, y baldosas en el lugar del baptisterio.

«Sirvase el Señor bendecir y hacer que prosperen estas hermosas misiones de Mindanao, para gloria del mismo Dios y bien de las almas.»

Noticias varias.—Parece que el proyecto de unión de las Iglesias encuentra la mejor acogida en el clero griego, sobre todo

en las altas clases. Muchos de los que á él pertenecen se han educado en escuelas alemanas y conservan reminiscencias de Occidente. Gastando sumas considerables (como decía á Su Santidad el patriarca José, de Alejandría), esto es, creando Seminarios y escuelas y edificando iglesias en Oriente, creará este movimiento de aproximación y se lograrán los fines que se propone León XIII. Influencias políticas no despreciables podrán contribuir al resultado que se desea, porque las naciones donde existe el cisma y donde en otro tiempo florecía van comprendiendo que la Santa Sede puede ayudarles mucho en su emancipación del yugo turco y también del eslavo.

De todas las comuniones orientales, la que más entra en las miras de la Santa Sede es la de los coptos.

—El Patriarca de los armenios cismáticos, Izmirlián, que había emprendido una peregrinación á Jerusalén, después de abjurar sus errores y de convertido al Catolicismo, ha hecho su profesión religiosa en un claustro de aquella santa ciudad.

VARIEDADES

FILIPINAS

SITUACIÓN Y LIMITES

EL Archipiélago que constituyen estas islas está situado en la parte más septentrional del Archipiélago asiático dentro de la zona tórrida del Norte, entre los 5°9' y 21°3' de latitud Norte, y los 120°40' y 130°37' de longitud oriental del meridiano de Madrid.

Lo rodean por el N. y O. el mar de China, por el E. el Océano Pacífico, y por el S. el mar de Célebes.

Desde las tierras extrañas del N. E. á las costas chinas hay unos 630 kilómetros. La tierra más próxima al N. es la isla Formosa, al E. las islas Palaos, al S. E. el archipiélago de las Molucas, al S. la isla Célebes, al S. O. Borneo, y al O. la Cochinchina.

Entre Madrid y la capital del Archipiélago filipino la diferencia de meridiano es de ocho horas, dieciocho minutos y cuarenta y un segundos. Es decir, que cuando en Madrid son las doce del día, en Manila son las ocho, dieciocho minutos y cuarenta y un segundos de la noche.

ISLAS QUE FORMAN EL ARCHIPIÉLAGO

Con exactitud nadie ha dicho hasta hoy el número de ellas. Créese que pasan de mil cuatrocientas. Prescindiendo del archipiélago de Joló, suelen dividirse en cuatro grupos. Luzón y adyacentes al N., islas Bisayas en el centro; Paragua y adyacentes al O.; Mindanao y adyacentes al S.

Como adyacentes de Luzón se consideran Mindoro, Masbate, Ticao, Burias y Batanes.

El archipiélago de Bisayas lo componen Panay, Bohol, Leyte, Negros, Cebú y Samar. Basilan es la más importante de las adyacentes á Mindanao y Buruanga, Calamianes y Balabach, las próximas á la Paragua.

Estas son las islas principales. Cuanto á las demás, sería prolijo enumerarlas.

EXTENSIÓN Y POBLACIÓN

La distancia máxima entre tierras extremas del Archipiélago, de N. á S., es de 1,950 kilómetros; y de O. á E., 1,284.

La superficie total del mismo es, según cálculos de los marinos españoles, de 345,585 kilómetros, pudiendo

estimarse en unos 470,000, si se cuentan todos los territorios de la Paragua, Mindanao, y el archipiélago de Joló.

Con arreglo al censo formado en 1876 por el Arzobispo de Manila, la población era de 6.173,632 almas.

De estos individuos, eran: Indígenas reducidos y mestizos, 5.501,356; infieles no reducidos, 602,853; extranjeros, 31,175; militares, 14,545; españoles de la administración civil, 5,552; marinos, 2,924; clero y Corporaciones religiosas, 1,962; españoles sin carácter oficial, 13,265.

Debe tenerse en cuenta que las estadísticas no son completamente exactas, pues hay grandes territorios aun inexplorados, que habitan indios nómadas, cuyo número no se conoce. Además, la población ha debido aumentar mucho desde el censo á que nos hemos referido, pues siempre ha crecido de un modo extraordinario en aquel Archipiélago.

RAZAS É IDIOMAS

La población de Filipinas es muy heterogénea. Compónese de europeos (españoles y extranjeros), españoles filipinos, chinos, mestizos españoles y extranjeros, mestizos chinos é indígenas, llamados vulgarmente *indios*, denominación que se aplica preferentemente á los indígenas católicos. Pero los mismos indígenas de Filipinas pertenecen á varias razas, por lo menos á dos: los primitivos habitantes del país, los *actas* ó *negritos*, de raza negra oceánica, y los *malayos*, es decir, los indios (los católicos) y los moros (los musulmanes).

Muchos autores agregan una tercera raza, pues á varios pueblos malayos los califican de *indonesios*, esto es, polinesios de la Malasia. Lo cierto es que en el tipo físico se ven los rasgos distintivos de todas las razas de la Oceanía y del S. E. de Asia, con matices de color variadísimos, desde el negro hasta el moreno claro.

Los principales dialectos son el bisaya, hablando por más de dos millones de indígenas, el tagalo (1.200,000), el cebuano (390,000), el ilocano (1.260,000), el bicol (315,000,) el pangasinan (260,000), y el pampango (300,000).

Los infieles ó salvajes hablan casi tantos dialectos como pueblos son, distinguiéndose el igorrote, tinguian, manobo, mandaya, itavés, ifugao, ilongote, apayao, ibilao, etc.

Apenas unos 200,000 indígenas en todo el Archipiélago hablan el idioma español.

LA PROVINCIA DE MANILA

La provincia de Manila linda al N. con la de Bulacán; al S. con la de Cavite; al E. con las de Morang y La Laguna, y al O. con la bahía de Manila.

Es la provincia más pequeña de la isla de Luzón, pues sólo tiene 673 kilómetros cuadrados de superficie. Su población asciende á 314,460 habitantes.

Manila (capital de la provincia de Archipiélago filipino), fué fundada por Legaspi, y su distrito municipal comprende, además de la población amurallada, los arrabales de Binondo, La Ermita, Malate, Quiapo, Santa Cruz, San José, San Miguel, San Fernando de Dilar, Sampaloc y Tondo.

Los pueblos de la provincia son: Coloocan, Las Piñas, Malibay, Mariquina, Montalbán, Macati, Muntinlupa Navotas, Novaliches, Pandacan, Pasig, Parañaqui, Pateras, Pineda, Santa Ana, San Pedro, San Juan del Monte, San Mateo, San Felipe Neri, Taguig y Tambobo.

LA CAPITAL

Manila, la capital del Archipiélago filipino, hállase en la costa occidental de la grande isla de Luzón, en la costa E. de la bahía conocida también con el nombre de Manila, junto al río Pasig, que viene á desaguar en dicha bahía por el N. de la ciudad, bañando parte de sus murallas. Así es que Manila presenta una posición deliciosa, sobre todo por la grande y cómoda bahía que se dilata al O., capaz de contener todas las escuadras de Europa.

Rodea la ciudad una fortísima muralla, obra admirable en su tiempo, pero hoy en parte ruinosa á consecuencia de los terremotos de 1880, con fosos, contrafosos, reductos, baluartes y un fuerte bien defendido, llamado de Santiago, cuya construcción presidieron los primeros gobernadores de las islas.

Manila es asiento del gobierno general de las islas y residencia del capitán general; es sede arzobispal, metropolitana de las sufragáneas del Archipiélago y centro de las Comunidades religiosas que difunden el Catolicismo en aquellas apartadas regiones.

La población de Manila, con sus arrabales, asciende, según el censo de hace algunos años, á 315,571 habitantes.

El aspecto de la ciudad amurallada es monótono y triste; sus calles están tiradas á cordel, y tienen aceras de piedra; las casas, vastas y espaciosas, están edificadas en condiciones particulares para resistir á los terremotos.

Cuenta con magníficos edificios públicos, entre los que descuellan la catedral; la antigua Aduana, asiento de las principales oficinas de Hacienda; los conventos y templos de San Agustín, Santo Domingo, de San Ignacio y de San Sebastián; el Ateneo municipal; el Observatorio Meteorológico; la casa Misión de Los Padres Jesuitas; el palacio del Cabildo municipal, del Hospicio de San Juan de Dios, etc., etc.

En los arrabales, situados á la orilla izquierda del río Pasig, está el foco de la población y del comercio. Su caserío es muy bueno y sus calles son anchas. La de la Escolta, por su animación, aunque más modesta, viene á ser en Manila lo que la Rambla en Barcelona. Los arrabales están cruzados por canales navegables para embarcaciones menores.

Los indios, en sus ligeras barcas, van á todos los extremos de la población.

En Binondo, que es el arrabal más importante, tienen los europeos sus mejores casas de comercio y los chinos gran número de bazares.

El ancho y majestuoso río Pasig está siempre lleno de embarcaciones de todas clases, presentando admirable perspectiva y la animación y vida que exige el movimiento comercial de la ciudad.